TE VEO

DOLORES FERRER MARÍ

edebé

TE VEO

DOLORES FERRER MARÍ

edebé

periscopio

TE VEO

DOLORES FERRER MARÍ

TE VEO

edebé

© Dolores Ferrer Marí, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: © Freepik

ISBN: 978-84-683-6139-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A quien se mantuvo en su puesto pese al miedo, sirviendo a los demás.
A quien sirvió a los demás quedándose en casa, pese a las consecuencias.
A las pequeñas cosas que redescubrimos que nos eran tan esenciales como el agua y la sal y por las que vale la pena ser y estar.
Esta historia está dedicada a cada persona, a cada ayuda, aplauso, sacrificio, oración, mirada hacia dentro y a través del cristal, a todos aquellos pequeños momentos y acciones individuales que siguieron moviendo la vida cuando el mundo se detuvo.
Porque aunque solo el tiempo y la distancia juzgarán el conjunto, cada uno de ellos fueron preciosas pepitas de oro en el curso de nuestro recodo de la historia.
Y a mi madre, para mí la más brillante de todas, por estar ahí siempre.

1. Viernes 13

—¡Muerte! —gritó la vieja bruja señalando a Q a la salida del instituto—. Veo a la Parca muy cerca de ti y de los tuyos, chico.

Marga tenía fama de extravagante, de extraña, de loca, pero también de tener ciertos poderes de adivinación.

Caminaba por las calles, vestida con viejas ropas pasadas de moda. Collares y pulseras de conchas colgaban siempre de su cuello y de sus huesudas muñecas. El canoso cabello rizado formaba una enmarañada melena y su afilada nariz apuntaba como un dedo acusador en la dirección en la que sus penetrantes ojillos escudriñaban el mundo. Marga parecía observar una realidad que nadie más era capaz de ver.

Por supuesto todos decían que estaba loca, pero nadie, y especialmente los que la conocían de muchos años, se atrevía a llevarle la contraria.

—Me falta el aire. No puedo respirar —graznó Marga agarrándose el cuello como si efectivamente se estuviese ahogando.

Q se quedó paralizado, sin saber muy bien cómo reaccionar. Le pasaba cada vez que se cruzaba con Marga.

Pero la anciana se recuperó de repente. Adoptó la tranquila postura de una anciana cualquiera que pasea por el barrio en busca de palomas que alimentar.

—El mundo se detiene. Un ladrón me ha robado la primavera. ¿Puedes ayudarme? —preguntó con el tono triste y apagado de un alma perdida.

Q negó con la cabeza, y Marga se alejó en busca de otra persona a quien presagiar una muerte cercana.

O tal vez tratando de encontrar la primavera robada a una semana de que esta empezase.

***

—¡Alegra esa cara, Q! —exclamó Sergio minutos más tarde, saltando a la espalda de su hermano Quintín.

—No es justo para los que hemos estudiado que hayan aplazado el examen —protestó Q mientras se ajustaba las gafas y expulsaba de su mente el recuerdo de Marga, a la que aún se podía ver a lo lejos.

—No seas rancio. Ya lo harás otro día. Ha faltado mucha gente a clase. El profe se ha ablandado. ¿Qué hay de malo?

—¿Por qué estás tan contento? —contraatacó Q, saludando a un grupo de conocidos mientras se dirigían a casa—. No creo que sea solo por el examen.

—¿Y tú me lo preguntas? ¡La vida es bella y la suerte nos sonríe! Han suspendido las Fallas de Valencia así que Lena no se irá hoy con su familia. Vendrá conmigo mañana al Sapo Azul. Y por si eso fuese poco: ¡Han anulado las clases a partir del lunes! ¿Qué te parece?

Q se detuvo y miró de frente a su mellizo.

—No son vacaciones.

—No seas cenizo, Q. Es solo una gripe que viene de China. Disfruta de la vida y deja de preocuparte, o te saldrá una úlcera como al tío Rodri. Piensa en cosas buenas, como el viaje a Ibiza del mes que viene. Va a ser lo mejor.

—Eso será si se hace —respondió Q—. En Italia la gente está confinada.

No quería ser pesimista, pero a Sergio le encantaba ignorar todo aquello que le disgustase o le obligase a ser responsable.

Q era el que tenía fama de listo, aunque también sabía que su hermano no era tonto. Su inteligencia y carácter sociable le habían ayudado siempre, pero Q no estaba seguro de que aquello funcionase a la larga, y se había pasado la vida avisando a Sergio del peligro. Y de paso, salvándole en más de una ocasión.

Había asumido el papel de sensato en su relación de hermanos.

—¡Venga ya! —protestó Sergio, enfadado con que insinuase que el viaje de final de instituto no fuese a poder hacerse. Había participado activamente en los preparativos y la venta de productos para financiarlo. De hecho, la fiesta en el Sapo Azul tenía como objetivo recaudar dinero para el viaje—. Italia es otro país. Les ha dado por exagerar, como con lo de anular las Fallas. Pero solo va a durar un par de días. Una semana como mucho. Relájate y disfruta. En menos de un mes, estaremos en Ibiza.

***

La luz indicadora del ascensor llegó a la planta baja y las puertas se abrieron.

Lucía, la anciana del 1.º C, salió ayudándose de su andador mientras su pequeño perro, mestizo de ratonero valenciano, tiraba decidido de la correa hacia la puerta del edificio por donde entraban Marta y Sara.

Sergio y Q se apartaron para dejarla pasar al tiempo que la puerta que daba al garaje se abría y entraba Maruja, del 2.º A, con su cabello oxigenado, sus uñas arregladas y su sonrisa falsa.

La portería solía estar vacía, pero, a aquella pequeña multitud que

había coincidido, se sumó Andrés, del 1.º A, que bajaba por la escalera con su mastín.

Cuando Maruja vio al perro y a su dueño, soltó un bufido de disgusto, como si hubiese pisado una cucaracha por accidente. Luego empujó a Q en su empeño por apartarse del mastín.

—Asegúrese de que ese chucho no ataque a ningún vecino ni haga sus necesidades en la escalera —advirtió antes de meterse en el ascensor.

Andrés, con la mirada baja como de costumbre, ignoró la amenaza implícita y se dirigió hacia la puerta de la calle.

Nadie podía imaginar a aquel pacífico mastín, que además llevaba bozal siempre que salía de casa, agrediendo a nadie.

Los pocos segundos que los mellizos se distrajeron observando cómo Andrés abría la puerta y le cedía amablemente el paso a la anciana, Maruja aprovechó para cerrarles la puerta del ascensor en las narices.

***

—No voy a subir por las escaleras —anunció Sara muy digna, cruzándose de brazos mientras entraban en el edificio.

Su cabello largo y rubio, sujeto con una diadema rosa que iba a conjunto con su vestido y zapatos, contrastaba con el cabello corto y la indumentaria deportiva de su prima.

—Solo son dos pisos. De todas formas, no voy a obligarte. Puedes subir en el ascensor si quieres. Yo voy a hacerlo por las escaleras.

—Mamá dice que no debo subir sola —apuntó la niña, atravesando a su prima con su característica y patentada mirada de reina de hielo.

Marta, a sus dieciséis años, le doblaba la edad a Sara. Aunque la quería, no estaba dispuesta a permitir que la manipulase como a los adultos, así que ignoró la orden de la niña y sonrió mientras interponía un pie en el detector de la puerta del ascensor para que no se cerrase.

—No irás sola. Estos chicos te acompañarán.

Ante la sorpresa de Sergio y de Q, que esperaban en la cabina, Marta empujó suavemente a Sara hacia ellos antes de dirigirse corriendo a la escalera, pasando por delante de la puerta que llevaba al garaje.

—¡No los conozco! —protestó Sara. Más enfadada por no salirse con la suya que asustada.

—Nosotros vamos al tercero —avisó Sergio.

—No pasa nada. Nos vemos allí y la recojo —respondió Marta subiendo ya los escalones.

Cuando las puertas terminaron de cerrarse y la cabina empezó a

subir, Sergio le dedicó su mejor sonrisa y Q alabó su ropa. Pero ni su amabilidad ni el corto trayecto consiguieron derretir la frialdad de la pequeña.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —los recibió Marta con una sonrisa divertida cuando llegaron.

A cambio obtuvo tres caras de disgusto.

—¡Me has dejado sola con extraños!

—No es verdad. Hace mucho que los conozco. Y no había peligro, en serio. Estaba muy atenta. Si les hubieses atacado, los habría escuchado gritar —se burló Marta.

Era cierto que conocía a los mellizos. Habían jugado juntos cuando eran más pequeños que Sara. Sin embargo, el ir a colegios e institutos distintos había hecho que no se relacionasen en los últimos años más allá de cruzarse en la portería.

—¿Tienes una hermana nueva y no nos habíamos enterado? —preguntó Q mientras Marta entraba en el ascensor, después de que ellos hubiesen logrado salir.

—Es mi prima Sara. Está pasando unos días con nosotros. No puede quedarse sola, solo tiene siete años.

—¡Casi ocho! —gritó Sara mientras se cerraban las puertas.

Iba a añadir algo más, pero el ascensor en lugar de bajar, empezó a subir.

Ninguna de las dos había pulsado el botón de la segunda planta y alguien lo había llamado desde el quinto y último piso.

***

Cuando las puertas se abrieron, Iván se sorprendió al ver dentro a las dos chicas.

—¡Hola! —saludó Marta—. ¿Estáis de visita u os quedáis?

Aunque Iván había vuelto el verano anterior a la ciudad para el entierro de su abuela, hacía más de tres años que no había visto a Marta.

—Eh, sí. Nos quedamos.

—Me alegro. ¿Bajas?

El chico iba cargado con un viejo colchón, así que la cara de mala leche de la pequeña no fue el único motivo por el que decidió no unirse a ellas.

—Me gusta tu pelo —dijo Marta a modo de despedida y dejó que la puerta se cerrase.

Iván se toqueteó el mechón azul eléctrico que destacaba sobre el resto de cabello decolorado.

Se lo había hecho él mismo.

—Cariño, ¿sigues ahí?

—Sí, mamá —respondió volviéndose hacia la puerta de la que había sido la casa de su abuela y ahora sería la suya.

Una mujer de rizos alborotados y cara sonrojada por el esfuerzo se asomó arrastrando una mesita.

—¿Puedes bajarla también? Avisaremos al ayuntamiento para que se la lleve con los demás trastos. Solo tiene tres patas. Parecía estar bien, porque estaba apoyada contra la pared, pero si intentas poner algo encima, se cae. ¿Por qué la abuela guardaría una mesa coja?

—Claro, mamá —respondió el chico, pero su madre ya estaba de vuelta en la vivienda, concentrada en su propia conversación.

Iván pulsó el botón de llamada pensando que su familia estaba aún más coja que aquella maltrecha mesita, y aun así se negaban a renunciar a sus pedazos.

***

Mirando atrás, todos recordarían aquel día como el último antes del cambio. Un giro en el destino y de la historia.

No habría disparos, ni una explosión nuclear, ni tan siquiera unos miserables zombis.

Pero, tal y como había predicho Marga, el mundo estaba a punto de detenerse.

Como si de una película de ficción se tratase, se anunciaron medidas preventivas y cierres frente a un virus que estaba extendiéndose y resultaba muy infeccioso.

Mortal en muchos casos.

2. Estado de alarma

En el supermercado, un carro chocó con el de Iván, y la pareja que lo conducía lo ignoró como si no existiese. Mientras se alejaba casi arrollaron a una mujer mayor que perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en unas estanterías para no caer.

—¡Esto es una locura! Y no queda ni siquiera papel higiénico —protestó su madre, tratando de disimular su propia inquietud.

Se había alejado en una pequeña misión expedicionaria y regresaba cargada con un paquete de rollos de cocina y una garrafa de lejía.

—Vuelvo enseguida —dijo Iván, aprovechando la oportunidad para soltar el carro que se había convertido en su base de operaciones.

Con su madre protegiendo los víveres, se acercó a ayudar a la mujer a recoger los productos que se le habían caído de la cesta.

—Gracias, gracias —murmuró esta poniendo un último paquete de arroz sobre la pila—. Creo que me voy a casa.

Iván la vio alejarse por el pasillo de los congelados, cojeando un poco y con el cuerpo algo encogido. Mientras, la gente pasaba a su lado a toda velocidad, cargando los carros de compra como si el mundo se fuese a terminar.

—No lo entiendo. Han dicho que el suministro está asegurado. No estamos en guerra. ¿Por qué se comportan así?

Su madre se encogió de hombros, incapaz de responder con sinceridad.

Habían escuchado que se iban a cerrar los locales a partir del día siguiente, que no se podrían hacer reuniones y que solo se iría a trabajar si era imprescindible.

Se había decretado el estado de alarma en todo el país.

—He conseguido quedarme con el último pollo de la carnicería —afirmó Iván volviendo con su madre.

Faltaban muchos artículos. La carne se había agotado, así como los guantes y el papel higiénico. De muchos productos básicos como las legumbres, la leche y la pasta, únicamente había disponible un tipo y marca, dejando grandes vacíos en las estanterías.

Al pasar por uno de los pasillos vieron que un grupo de clientes se habían atrincherado, formando un cerco de carros frente a la zona de la harina y el azúcar. Los sacos volaban por el aire, pasando de las manos de los recolectores a las de los receptores que esperaban más atrás.

Uno de los paquetes se quedó corto en la trayectoria y se estrelló contra el suelo, reventándose y esparciendo harina por todas partes. El accidente no afectó a los implicados, que siguieron como si nada hubiese ocurrido.

La madre de Iván decidió que ya tenían bastante.

Si algo había aprendido en los últimos meses era la virtud de retirarse a tiempo.

—Vámonos a casa. Ya volveremos la semana que viene.

Iván asintió, inquieto por lo que estaba sucediendo y por aquel ambiente crispado.

Si alguien se lo hubiese contado el día anterior, le habría parecido ficción que algo así sucediese. Especialmente sin una guerra o una explosión atómica de por medio.

Pero estaba ocurriendo.

Cuando se pusieron a la cola, Iván vio en la caja que había a su izquierda a un hombre anciano, de cabello blanco y largos pelos en las orejas, empujando un carro cargado de bandejas de carne y embutido. Llegó a contar hasta ocho bandejas de entrecots. Si la gente no se iba a poder reunir, ¿dónde pensaba meter todo aquello? ¿En un congelador industrial? Tal vez tenía tigres en casa en lugar de gatos...

Y tuvo que contener una carcajada nerviosa cuando echó una mirada a la cola de su derecha.

En ella esperaba una mujer más joven que su madre, que había llenado el carro de natillas, cremas de chocolate y batidos.

Y aquello sí que no se podía congelar.

***

—¡Dijisteis que estaríamos todos en casa para mi cumpleaños! —gritó Sara a la pantalla desde donde sus padres la estaban mirando—. Me prometisteis una fiesta con mis amigos.

—Nadie podía predecir algo así, mi amor —trató de calmarla su madre—. Nos han puesto en cuarentena, y no podemos regresar.

—¡Quiero irme a casa! ¡Lo prometisteis! —gritó Sara de nuevo antes de salir corriendo de la habitación.

Quería a su tío, pero aquella no era su casa.

Y mirase hacia donde mirase, se encontraba con objetos extraños.

Sin poder soportar más el quedarse allí, cogió su mochila, abrió la puerta de la vivienda y salió al rellano, chocando con Maruja, la vecina de la puerta de enfrente.

—Ten cuidado, niña —le riñó la mujer, sacudiéndose el traje de una supuesta suciedad.

—Lo siento —dijo automáticamente, más pendiente de las voces que salían de casa de su tío que de la mujer de gesto agrio que tenía

delante. Su prima sonaba muy cerca.

—A ver esos modales —dijo Paco, el marido de Maruja, sin especificar a quién se dirigía.

Pero su mujer le lanzó una mirada asesina. Frasco, el *schnauzer* miniatura de la pareja, los miraba con atención desde el umbral.

En aquel momento estaba tranquilo y silencioso, aunque Sara llevaba el tiempo suficiente allí como para saber que, en cuanto ambos dueños saliesen del apartamento, empezaría a gemir, aullar y ladrar hasta que volviesen.

Tardasen lo que tardasen, y fuera la hora que fuese.

—Papá está algo pachucho y no irá a trabajar. Asegúrate de cerrar bien la zapatería, no sea que algún gamberro aproveche la oportunidad.

—Sí, cariño. Siempre lo hago —respondió Paco con tono servil—. Dile a tu padre de mi parte que se mejore.

Ocupada con sus propios problemas, y sin querer esperar al ascensor, Sara corrió hacia la escalera y bajó corriendo.

Quería escapar, pero aquel no era su mejor día.

Iba tan deprisa que tropezó de nuevo a pocos escalones de la planta baja.

Esta vez fue contra el enorme mastín del vecino del primero que empezaba a subir las escaleras.

Rebotó contra la peluda mole y cayó sentada sobre el cuarto escalón, soltando un grito de sorpresa. El perrazo se la quedó mirando con curiosidad y apoyó la cabezota en su hombro.

Al susto inicial le siguió una risita nerviosa, y se abrazó al animal, agradecida por sentirlo cálido contra su mejilla.

—¡Esa maldita bestia está atacando a una niña! ¡Apártelo antes de que la mate! —gritó Maruja acusadora desde el ascensor, que había llegado a la planta baja al mismo tiempo.

Sara sintió cómo tiraban de la correa y apartaban al perro de su lado.

—Pillow es muy bueno. No hace nada —respondió Andrés en voz baja, pasando junto a Sara con su mastín y alejándose en dirección al primer piso.

—Esto no va a quedar así. Es un perro peligroso y lo voy a denunciar —gritó Maruja a su espalda.

—Eso no es cierto —aseguró Marta, que había seguido a Sara y había esperado unos escalones más arriba al verla abrazada al animal —. Al que habría que denunciar es a su perro, que no deja de ladrar cuando se marchan.

Maruja la miró y puso cara de asco.

—Frasco se siente triste cuando no estamos. Eso es todo. Te recomiendo que elijas mejor a quién defiendes. Ese tipejo ha estado en

la cárcel y es peligroso. ¡Tú sabrás lo que haces! —dijo en tono de amenaza antes de encaminarse hacia la salida, pero no pudo resistirse a añadir algo más—: Un día ocurrirá una desgracia, ya lo veréis. Y entonces todos os acordaréis de mí.

—Tan agradable como la recordaba —bromeó Iván recogiendo la muñeca de Sara del suelo. Le faltaba la mayor parte del pelo y una mancha de tinta le afeaba la mejilla—. ¿Es tuya?

Había coincidido con Maruja en el ascensor, pero no le había sido posible salir hasta que la mujer se había marchado.

—Sí, gracias —respondió Sara acariciando el estropeado juguete y guardándolo otra vez en la mochila. Al salir corriendo de casa de su tío, se le había olvidado cerrar la cremallera y la había perdido al caerse en la escalera—. Es Boniqueta. La tengo desde pequeña, pero mamá la quiere tirar porque está vieja y estropeada. Por eso viene siempre conmigo. Porque es mía. Mía. Es lo único que tengo.

Iván miró a Marta, extrañado por el tono triste de la niña, pero esta se encogió de hombros sin saber muy bien qué hacer.

—Hay una tienda de chuches a dos calles donde venden unas nubes diminutas y riquísimas —propuso el chico—. O si lo prefieres, la frutería que hay al lado prepara unas combinaciones de zumos naturales solo aptos para valientes.

—¿De fresa? —preguntó Sara.

—¡Claro! Es un clásico. Y también tienen de naranja y plátano. Mango y kiwi. Cualquier combinación es posible. Una vez probé la de espinacas, rábanos, hierbabuena y pimienta.

Sara arrugó la nariz ante esta última posibilidad y luego se rio.

—¿Podemos? —preguntó a su prima.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Marta sonriéndole a Iván—. Pero paso de los rábanos.

***

India caminó por la estrecha cornisa con la elegancia propia de una reina. A continuación, saltó con su agilidad innata sobre el escritorio de Q, que estaba colocado ante la ventana de su dormitorio.

—¡Miauu! —maulló a modo de saludo, pisoteando los apuntes de Química del sorprendido muchacho.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Q para sí mismo a la vez que cogía en brazos a la gata, que comenzó a ronronear—. ¿Ha venido tu dueña?

Q miró a través de la ventana hacia el otro extremo del patio interior del edificio en forma de V.

Se vio recompensado con la mirada de Sofía, tan verde como la de su gata India.

—Poco ha tardado en correr a tus brazos —bromeó Sofía apoyándose en el alféizar y dirigiéndole una falsa mirada de reproche a su mascota—. Espero que no te moleste.

—India no molesta. Es la gata que mis padres nunca me han dejado tener. Ya lo sabes. —Sonrió Q, pero su atención no estaba puesta en el felino que se restregaba contra su cuello mientras ronroneaba—. ¿Qué haces aquí? Te creía en la universidad, en tu piso de estudiantes.

Sofía se encogió de hombros.

—Mis compañeros se han quedado, pero no me gustan los rumores y el ambiente que hay por lo del coronavirus. Primero China y Corea del Norte, luego el confinamiento en Italia. Al anular las clases, he creído que era un buen momento para venir de visita.

—Sea como sea, me alegro de que estés aquí. De veros a las dos —rectificó Q dedicándole una última caricia a India, que acabó por acceder a las peticiones de su dueña y saltó al exterior, dispuesta a regresar por donde había venido.

—¿Estudiando para las pruebas de acceso?

—De momento intentando sacar el curso. —Sonrió Q.

—Si eres el chico que recuerdo, eso lo tienes superado. Siempre miras un paso más allá. Estoy segura de que entrarás en la carrera que quieras —afirmó Sofía devolviéndole la sonrisa y dejando entrar a India en su cuarto—. Tengo que dejarte. Nos vemos.

Q levantó la mano a modo de saludo y vio cómo su vecina cerraba la ventana y desaparecía una vez más de su vista.

—¿Mi cuñadita ha vuelto a casa? —bromeó Sergio a su espalda. Q no sabía cuánto tiempo llevaba allí—. Deja de soñar con ella e invítala a salir.

—Te he dicho mil veces que Sofía no es mi novia. Y ahora es universitaria. No creo que le interese salir con un estudiante de instituto.

—Te aseguro que al Sapo Azul vienen muchas universitarias —protestó Sergio oliendo una prenda que había sacado del armario y tirándola luego a un rincón—. Y lo de estudiante de instituto lo tendrás superado en unos meses. No seas idiota. Llevas enamorado de ella desde que íbamos a primaria. El año pasado, cuando la internaron en aquel colegio privado para que subiese la media, parecías un zombi.

—No soy su tipo.

—¡Yo creo que sí! Si hasta tenéis custodia compartida de la gata —afirmó Sergio sacando su camiseta más nueva y poniéndosela—. Y me apuesto a que saques la nota que saques, y pudiendo elegir la facultad que quieras, irás a una que esté cerca de la de ella.

—Yo no... ¿Por qué te estás arreglando tanto?

—¿Por qué tú no? Hoy hay plan. Hamburguesas primero y Sapo

Azul con Lena después. Igual trae una amiga que te haga olvidar a Sofía.

—Sergio, han decretado el estado de alarma. No van a permitir que el Sapo Azul abra esta noche.

—Eso es mañana —argumentó Sergio, tan optimista como siempre.

Frasco empezó a gemir y a aullar, señal inequívoca de que sus dueños habían salido de casa. Si fuese por unos minutos, no importaría mucho, pero el pequeño *schnauzer* se podía pasar horas así.

En una ocasión, Maruja y Paco se fueron tres días de viaje y lo dejaron solo. Casi los volvió locos.

Q cerró la ventana, pero por una vez no le importaron los lamentos del perro, porque los gritos de Sergio y su padre captaron toda su atención. Como había supuesto, no les iban a dejar salir de casa aquella noche.

—No seas caprichoso. Estamos en estado de alarma. No vas a salir, ni al Sapo Azul, ni a ninguna parte. Empieza a hacerte a la idea.

—¡Esto es una maldita cárcel! —gritó Sergio entrando de nuevo en el dormitorio que compartían y cerrando de un portazo.

3. La hora 0

Sergio se quitó los auriculares y le echó un vistazo a la cama de Q. Su hermano estaba dormido y soltaba suaves ronquidos.

Le entraron ganas de tirarle una almohada a la cara.

Eran las dos pasadas y tras la bronca con su padre, había estado intercambiando mensajes con Lena y mirando series en el móvil.

A ella tampoco la habían dejado salir, y con la orden de cerrar a medianoche, el Sapo Azul había transmitido a través de las redes su decisión de no abrir.

Lo cual no disminuía en absoluto su enfado.

En el piso de abajo, Frasco había dejado de ladrar, pero podía escuchar voces discutiendo. Lo cual no era nada raro. Aunque en público simulaban ser la pareja perfecta, en privado la cosa era muy distinta. Maruja no perdía la ocasión de echarle a su marido en cara que dependiese económicamente de ella y de su padre, para el que Paco trabajaba.

Y él, aunque en público se contenía, solía insultarla en privado, tal y como los mellizos acostumbraban a escuchar a través de los tabiques.

No eran una pareja agradable, por muchas sonrisas y favores que repartiesen cuando algo les
interesaba.

—¡Esta casa también es mía! —Oyó que decía la mujer, con la voz distorsionada por las paredes.

—Te repito que no se va a vender. Será por encima de mi cadáver —respondió él.

Aquello era nuevo.

A ver si ganaba ella la discusión y se mudaban a otro sitio. Perro incluido.

Sergio volvió a ponerse los auriculares y consultó el mensaje que le acababa de llegar.

Su amigo Lucas estaba desconsolado. Habían anulado la Semana Santa en Sevilla.

La preocupación por fin hizo mella en el ánimo de Sergio.

Faltaba casi un mes para el viaje.

No era posible que pensasen que aquello iba a durar tanto, ¿verdad?

***

Sara se despertó y se sentó en la cama.

Aquella no era su habitación y tardó un momento en recordar dónde estaba. Pero no gritó como la primera noche.

La conocida luz con la forma de una mariquita que su madre le compró de bebé desprendía un cálido fulgor desde el enchufe de la pared. Eso la tranquilizó.

Recorrió con la mirada las formas cada vez más familiares de aquel cuarto. Era el de su prima Marta, y lo tenía lleno de balones, pesas, cintas y carteles de deportistas de élite. No se parecía en nada a su agradable dormitorio de casa, con las paredes en tono malva y decorado con juguetes y unicornios.

El vaso de agua que había junto a su cama estaba vacío. Pero tenía sed.

Se puso sus esponjosas zapatillas y se dirigió a la cocina. Por el día resultaba todo más fácil, pero por la noche aquella casa resultaba extraña y poco acogedora.

La cocina estaba separada de un lavadero por unas puertas acristaladas.

A pesar de que era tarde, había luz al otro lado del patio interior.

Curiosa, se asomó a la galería.

Sobre la mesa de la cocina del apartamento de enfrente, había una mujer con un pañuelo en el pelo y la cara amoratada.

La cabeza estaba girada en un ángulo forzado y las pupilas, fijas y sin vida, parecían buscar a Sara.

Nunca había visto un cadáver, pero no le cupo ninguna duda de que la mujer estaba muerta.

Asustada, dejó caer el vaso y volvió a la cama.

Se cubrió la cabeza con la colcha, dejando tan solo un resquicio, por donde miraba la luz de su vieja mariquita.

Deseando, más que nunca, que la llevase a casa.

4. Primer día de condena

Las calles amanecieron desiertas. Las cafeterías mantuvieron las persianas cerradas, y aunque los quioscos que vendían periódicos abrieron, muy poca gente se aventuró a salir aquel domingo.

Coches de policía recorrían las calles, retransmitiendo por megafonía un mensaje pregrabado en el que se advertía a la gente que debían quedarse en casa por su seguridad.

Marta cerró la puerta con cuidado para que ni su padre ni Sara se diesen cuenta de que se había marchado. Habían dicho en las noticias que no podían salir a la calle salvo por motivos esenciales, así que decidió subir y bajar las escaleras.

Tras la puerta de enfrente, Frasco ladraba y gemía, señal inequívoca de que sus dueños no estaban.

Tras hacer unos estiramientos, empezó a subir los escalones.

En el cuarto, el pequeño Javier de tres años golpeaba la pared y les pedía a sus padres ir al parque.

—¡Malo! ¡Malo! —gritaba Javier mientras golpeaba la puerta, poco acostumbrado a aquellas negativas—. *Pa'que, pa'que.*

Marta siguió subiendo.

Llegó al quinto piso, el último con viviendas, aunque un tramo de escaleras adicional llevaba a la azotea.

Como no tenía la llave, se detuvo ante la puerta y volvió a bajar.

Quinto, cuarto, tercero, segundo, primero y planta baja.

La puerta que daba al garaje estaba abierta y Marta entró con la intención de darle un par de vueltas al recinto antes de volver a subir.

—¿Acaso esto es el mercado municipal? —preguntó Paco a voz en grito al verla.

Marta se detuvo en seco.

Andrés, del primero, también estaba allí, con el capó de su viejo Seat levantado.

—¡Hay una pandemia ahí fuera! La policía está parando a todo el mundo como si esto fuese un estado policial. Dicen que debemos quedarnos dentro de nuestras casas —sermoneó Paco a toda velocidad, como si él mismo no viniese de la calle.

El motor todavía en marcha de su furgoneta así lo demostraba.

—Yo solo estaba... Quería correr un poco —se justificó Marta.

—Vuelve a tu casita, niña. Y no salgas de allí. Y tú —añadió señalando a Andrés—, tú también.

Andrés no le respondió, pero lo ignoró y volvió a esconder la cabeza bajo el capó.

No queriendo meterse en líos, Marta dio media vuelta y regresó a la entrada del edificio.

Subió las escaleras, pero en lugar de seguir hacia arriba como era su intención inicial, entró de nuevo en casa.

Apenas había cerrado la puerta cuando el ascensor se detuvo en su misma planta y Frasco dejó de ladrar.

Paco había seguido su propia recomendación.

***

—Gata lista —aduló Q cuando India entró en su dormitorio buscando la golosina que le había ofrecido.

Hacía años que usaba ese truco con ella y nunca había fallado.

—Te tiene muchísimo cariño. Ella sabe que la quieres —afirmó Sofía cuando se dio cuenta de dónde estaba su mascota.

—Es muy curiosa. —Rio Q.

—Yo diría que es una glotona. ¿Qué demonios le das? —preguntó, logrando que Q se sonrojase al verse descubierto.

—Trocitos de beicon seco. Y yo que me creía listo. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Siempre que estoy triste busco a India, y la encuentro en tu casa. Y entonces hablo contigo y me siento mejor. Cuando me marché, la primera vez que me puse a llorar, busqué a India y estaba en su cojín como si nada. Entonces supe que eras tú quien la llamaba.

—Ahora estás triste. ¿Qué te pasa? —preguntó Q acariciando a su cómplice que le olisqueaba los dedos en busca de un nuevo soborno.

—No puedo ir a casa de mi abuela a comer. Había quedado con ella. Está cerca, a diez kilómetros, sin embargo...

—Es como si estuviese en la otra punta del planeta si no puedes ir, ¿verdad? —preguntó Q, que había tenido esa misma sensación muchas veces.

—Eso mismo —asintió Sofía, secándose con el dorso de la mano una lágrima rebelde—. Es una tontería, lo sé. Pero todos dicen que la gente mayor es la que peor lo pasa. ¿Y si coge el coronavirus? Ni tan siquiera nos dejarían estar en el hospital con ella. ¿Y si se cae o le pasa cualquier cosa? Está sola.

—Estoy seguro de que tiene a alguien cerca que la ayudará —la animó Q, dejando marchar a India, que, al no recibir más golosinas, había perdido el interés—. ¿Tiene móvil? ¿Por qué no le haces una videollamada y así hablas con ella y la ves?

—Tiene móvil, pero creo que ella no sabe hacer videollamadas. —Rio Sofía.

—Igual te sorprende. O, aunque no sepa, puede aprender si la enseñas. Las dos tenéis ahora buenos incentivos y todo el tiempo del mundo.

—Gracias, Q. —Sonrió Sofía.

Q volvió a sonrojarse y cerró la ventana.

Había querido consolar a Sofía, aunque esta tenía motivos para preocuparse.

Él había recibido audios procedentes de sanitarios en los que se afirmaba que en algunos hospitales estaban tan saturados que tenían orden de no atender a los ancianos.

Por eso, era imperativo evitar el contagio.

***

«Necesito ayuda».

El mensaje procedía de un número desconocido, y la imagen de perfil en la que aparecía un muro lleno de grafitis no le dio ninguna pista.

«¿Quién eres?».

«Asómate a la ventana de tu cuarto y mira hacia abajo».

Iván abrió la ventana y asomó la cabeza.

A pesar de que estaba anocheciendo, pudo distinguir la sonriente cara de Marta, enmarcada por su corta y rebelde cabellera, que le saludó desde tres pisos más abajo.

Iván volvió a meterse en casa, estaba lloviznando y, a pesar de ser un marzo templado, no le apetecía mojarse.

Hizo una videollamada.

—¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó cuando la vio en la pantalla.

—Ha sido fácil. Un amigo de un conocido de un contacto. Ya sabes cómo es. Todos estamos conectados.

—¿Y no era más fácil coger el ascensor?

—No tengo ganas de cruzarme con Paco. Esta mañana me ha echado una bronca tremenda por bajar hasta el garaje. ¡Y eso que él venía de la calle!

—¿Adónde han ido esos dos? —se preguntó Iván.

—Iba él solo.

—Qué raro. Juraría que había oído al perro.

—¡Ya te digo! Pero Maruja no estaba.

—¿Qué necesitas? —preguntó Iván olvidando rápidamente a los antipáticos vecinos y a su ruidosa mascota.

—Es por Sara. Está rara. Más rara de lo normal, quiero decir.

—¿Y qué quieres que haga? —se extrañó Iván—. Yo no la conozco.

—Pero le caes bien. Yo no sé cómo tratarla y somos muy diferentes.

Además, no puedo decírselo a mi padre. Está seguro de que van a despedirlo con todo esto del cierre general y ya tiene bastantes preocupaciones.

Iván lo comprendió. Él y su madre también estaban en la cuerda floja.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Hasta ahora estaba caprichosa y de mal humor. Está acostumbrada a ser la princesita y a sacarles a los adultos todo lo que quiere. Sus padres se marcharon de crucero y esto les ha pillado en otro país. Se detectó un caso de COVID-19 en su barco y los han puesto en cuarentena, así que es muy probable que no estén para su cumpleaños. Es dentro de diez días.

—Entonces es normal que se sienta mal. Tú perdiste a tu madre y tienes que recordarlo. Sara estará luchando con el miedo, la decepción y la desilusión. Tal vez el enfado es la única manera que tiene de exteriorizarlo.

—¿Y qué culpa tengo yo? —protestó Marta con una mueca.

—Ninguna, pero eres la adulta en esta relación.

—Pero ahora no está enfadada. Está asustada y apática —contó preocupada—. Hoy no quería salir de la cama.

Iván lo pensó un momento, jugueteando sin darse cuenta con su mechón azul.

Él tampoco tenía práctica con niños pequeños, aunque recordaba lo que se sentía.

—Intenta trabajar con lo que tienes. ¿Cuántas veces te has quejado de no tener tu espacio y tus cosas? Yo muchas. Dale un trocito de la habitación y del salón, que sean suyos. Pero de verdad. Que sepa que esos lugares son privados y respétalos. Se sentirá más segura. Podéis decorarlos juntas para personalizarlos un poco.

—¿Con qué? No sé si te habrás dado cuenta, pero no juego con muñecas desde la guardería, y el rosa nunca ha sido mi color favorito.

Iván le dio un par de vueltas más al asunto.

Con las tiendas cerradas por el confinamiento, la cosa podía ser difícil.

Luego sonrió.

—Creo que puedo ayudarte. Estamos vaciando la casa de mi abuela y ella tenía guardadas un montón de telas y cintas de la mercería. Buscaré las más coloridas y que Sara elija. Podéis forrar los cojines, alguna banqueta. Ya verás.

—No sé si funcionará, pero gracias. Creo que tienes buena mano para los niños.

Iván se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa a Marta.

—Y planea algo también para su cumpleaños. Regalo y tarta incluidos. No debería perdérselo.

—¿Algo más?

Iván rio, haciendo oscilar su llamativa mecha azul de arriba abajo.

El sonido de aplausos en el vecindario los sorprendió, y ambos se acercaron a sus ventanas y las abrieron.

Eran las ocho de la tarde y afuera había anochecido.

Desde numerosos balcones sonaban las palmas en homenaje a aquellos que estaban luchando contra una amenaza que la mayoría aún no comprendía.

Aquel primer día, más por inercia que por verdadero apoyo, ambos se sumaron.

5. Un lunes sin tráfico

El lunes acabó con la tranquilidad del domingo, al menos en las grandes ciudades. El tráfico y la cantidad de transeúntes fueron mucho menor que en otro día laborable, pero las personas que iban a trabajar llenaron metros, trenes y autobuses.

Panaderías, supermercados, estancos, farmacias y otros establecimientos de primera necesidad abrieron sus puertas.

Cuando Sofía bajó a casa de doña Lucía, encontró a Sergio hablando con ella en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ofrecerme para pasear a Lolo. —Sonrió Sergio.

De fondo, se oían los lamentos de Frasco, señal inequívoca de que sus dueños no estaban en casa.

—Igual que yo, y para hacerle la compra. Tu hermano me dio la idea cuando comentó que tal vez alguien ayudase a mi abuela. Yo puedo devolverlo ayudando a doña Lucía.

—Hazle la compra si quieres, pero el chucho es mío —susurró Sergio, sabiendo que la anciana sufría del oído y no podía escucharlo.

Lucía los miró con curiosidad, al igual que Lolo, el mestizo de ratonero valenciano.

—¿Qué propósitos tienes con el pobrecillo de Lolo? —susurró también Sofía, desconfiando de las buenas intenciones de Sergio.

—Hacer una buena acción —aseguró Sergio con su sonrisa patentada, pero Sofía se limitó a levantar una ceja en lugar de derretirse—. No seas desconfiada.

—O me lo dices o me llevo a Lolo.

—Eres dura de pelar —concedió Sergio antes de transigir—. Solo se puede salir a la calle con una razón justificada, y pasear al perro es una de ellas.

—Y quieres ir a ver a Lena.

—¡Se ha dado prisa Q en contártelo! —gruñó Sergio ganándose una risa de su vecina.

—No ha sido él. Dispongo de otras fuentes.

Sergio asintió.

—Necesito verla.

—¿A quién necesitas ver? ¿Y qué hacéis vosotros dos aquí? —preguntó Alfonso, el padre de Sergio, mientras subía por las escaleras

con su uniforme de policía.

Había escuchado voces al bajar con el ascensor para ir al trabajo y había decidido averiguar quién estaba incumpliendo el confinamiento.

—Hemos venido a ofrecernos para hacer la compra y pasear a Lolo —se apresuró a decir Sergio.

—Es un detalle, pero tú no te vas a encargar. Eres menor de edad, así que no puedes salir de casa —lo cortó Alfonso tajante, sin darle opción a discutir—. En cuanto a ti, Sofía, eres mayor de edad y no puedo impedírtelo, pero recuerda que únicamente puede ir a la compra una persona por vivienda, para evitar aglomeraciones. Es de agradecer que le hagáis los recados a doña Lucía, pero recordad que debéis dejarle las cosas en la puerta y evitad los corrillos como este. En cuanto a Lolo, le he pedido a Andrés que se encargue él de pasearlo, ya que también tiene perro y aprovecha así la salida.

Alfonso soltó la parrafada sin casi respirar, con su mejor tono de agente de policía.

—Solo quiero ayudar y pasear a un perro. ¿Qué más te da?

La pregunta, que Sergio usaba bastante en los últimos tiempos, pareció molestar al policía. Alfonso perdió la compostura y señaló con un dedo autoritario el ascensor.

—¡A casa! No voy a discutir esto contigo. Y menos aquí.

—¡Es un maldito estado policial!

—Y apenas acaba de empezar. ¡A casa!

Sergio se dirigió hacia el ascensor y apretó el botón de llamada, pero tuvo que retroceder cuando la puerta se abrió y salió Paco de este.

—Alfonso, tenemos que hablar. Necesito ir en coche a la tienda y tus compañeros policías no me dejan. Me paran en la calle. Tengo derecho a la libre circulación. ¿Cómo puedo hacéroslo comprender?

—Lo siento, Paco, no puedes. La tienda está cerrada por el estado de alarma y el dueño es tu suegro. Aunque todos sabemos que la diriges tú, oficialmente eres un empleado. Necesitas un permiso para poder ir allí.

Paco dio un paso atrás, como si aquella revelación lo hubiese golpeado.

Pero se recuperó de inmediato.

—¿Y al supermercado del centro comercial? Allí sí se puede ir, ¿no? Es un servicio esencial.

Alfonso negó con la cabeza.

—Los desplazamientos deben reducirse al mínimo y hay supermercados más cerca. Hazte a la idea. Hacedlo todos. Esto va en serio. Y otra cosa, tranquiliza a tu perro, especialmente de noche.

Frasco había dejado de ladrar al escuchar a su dueño un par de pisos más abajo, pero seguía gimoteando en voz baja.

Paco se puso pálido y, en lugar de discutir como solía hacer, asintió.

Sergio pensó que esto era una buena señal del nivel de enfado al que había llegado su padre.

—¿Aún sigues aquí? —preguntó Alfonso volviéndose en su dirección—. Las reuniones están prohibidas, así que dispersaos. ¡A casa, ya!

En esta ocasión todos reaccionaron. Lucía cerró la puerta, Paco entró de nuevo en el ascensor y Sofía empezó a subir las escaleras.

—Estarás contento —acusó Sergio a su padre antes de seguirla—. Por fin puedes darle órdenes a todo el mundo.

Alfonso palideció, como si hubiese recibido una bofetada, y estuvo a punto de detener a su hijo.

La voz se le atascó en la garganta y no llegó a salir.

Sergio se iba a casa. Un lugar mucho más seguro que la calle.

Eso le bastaba por el momento.

***

La risa de Sara fue tan espontánea como inesperada.

Marta se volvió en su dirección, con un retazo de tul rosa en una mano, cintas de colores en la otra, y la cara manchada de purpurina.

Sopló un mechón de pelo que le caía sobre los ojos, y Sara volvió a reír.

—Admito que esto no se me da muy bien.

—Yo creo que está quedando fantástico, mucho mejor que mi cuarto —alabó Sara mirando el resultado de su trabajo—. ¿De verdad puede quedarse así?

—Claro, es tu parte de la habitación.

Iván les había pasado un montón de telas, cintas y tules. Los había rescatado de uno de los baúles de su abuela que su madre todavía no había desechado. Había instalado una pequeña polea en la pared exterior y había bajado por ella un cesto hasta su ventana.

Con una pequeña estructura que habían montado y con algunas sábanas viejas habían improvisado un dosel y una puerta.

A continuación, lo habían cubierto de cintas y colores. Y finalmente le habían dado brillo con un tubo de pegamento y los botes de purpurina que Marta había descubierto en una olvidada caja de manualidades.

—Estoy agotada —bufó Marta, pero con una sonrisa—. Esto es peor que participar en un triatlón. La purpurina la barremos entre las dos, pero tú te encargas de mantener ordenada esta locura multicolor.

—Hecho —aceptó Sara—. Aunque procura que ninguna de esas apestosas zapatillas entre en mi castillo.

—¿Así están las cosas? ¿Eh? Hecho.

Sara repasó su refugio con mirada crítica.

—¿Crees que está terminado?

—Pienso que podemos ir añadiendo cosas, pero ya mañana. Ahora hay que recoger y guardar todo lo que ha sobrado por si lo podemos usar en otra ocasión. He vaciado los cajones del chifonier y podemos ponerlo allí. También es tuyo.

—Gracias, Marta —dijo Sara, abrazando a su prima.

—Ve a por la escoba y el recogedor, enana —ordenó Marta tras devolvérselo.

Y empezó a recoger mientras Sara salía corriendo de la habitación.

Al cabo de unos minutos, al ver que no volvía, fue a buscarla.

La hubiese llamado desde el cuarto, pero su padre estaba trabajando en el salón.

Su jefe había consentido que teletrabajase como apoyo a los compañeros de otra sección, y había establecido allí su puesto de mando. No quería molestarlo con gritos.

Encontró a Sara en la galería de la cocina, frente a la ventana junto a la que estaban los cubos y las escobas.

Estaba paralizada, y toda la alegría había desaparecido de su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marta inclinándose hacia ella y con su tono de voz más suave. Notó que la niña estaba asustada.

—Ya no está.

—¿Quién no está?

—La señora muerta —dijo señalando la cocina de enfrente.

—¿Qué señora muerta?

—La que había allí. Daba miedo.

Al otro lado del patio, en su casa, Paco entró en la cocina y se dio cuenta de que estaban mirando en su dirección.

Sara se abrazó a Marta. Estaba temblando.

—Buenos días —saludó Marta al vecino con una mano, mientras con la otra rodeaba a su primita.

A modo de respuesta, Paco gruñó y corrió las cortinas que Maruja siempre tenía abiertas.

***

Iván había enganchado una campanilla a la polea que había improvisado. Cuando empezó a sonar creyó que se trataba de Marta.

Al asomarse y mirar, se encontró dos pisos más abajo con la melena castaña de Sofía.

—¡Hola, vecino! —saludó la joven universitaria con una sonrisa—. Eres el nieto de Juana, ¿no? Es un invento muy chulo. No veía nada igual desde que leía libros de aventuras en el colegio.

—En realidad la idea la saqué de una vieja serie, y sí, Juana era mi abuela. Soy Iván.

—Mucho gusto. Yo, Sofía. ¿Te funciona bien el wifi?

—Hola, Iván —saludó Q desde el otro lado del patio interior—. Yo estoy teniendo problemas, y le he preguntado a Sofía.

—Nosotros no tenemos —admitió Iván—. Solo dispongo de los datos del móvil.

—¿Y cómo vas a seguir las clases?

Iván se encogió de hombros. Le daba un poco de vergüenza admitirlo.

—Como pueda.

Sofía desapareció por un instante dentro de su cuarto. Volvió al cabo de un momento con una hoja en blanco y un número de teléfono escrito con rotulador.

—¿Puedes verlo? —preguntó encarándolo hacia arriba—. Envíame un mensaje y te responderé con la clave de mi wifi.

—Yo..., gracias —acertó a responder Iván ante un ofrecimiento tan espontáneo y desinteresado. No se atrevía a decirle que tampoco disponía de portátil o tableta.

Había esperado poder hacer los trabajos a mano y que los profesores aceptasen una fotografía para que pudieran evaluarlos.

Aun así, incapaz de rechazarlo, le envió un emoticono de saludo a Sofía.

La cabeza morena de Marta apareció por debajo de la de Sofía, y luego desapareció de nuevo.

El móvil de Iván comenzó a sonar. Era Marta.

—¡Tenemos que hablar! Necesito ayuda con Sara.

—¿No ha ido bien la decoración? Estoy asomado a la ventana, con Sofía. Tal vez ella pueda ayudarte.

—No voy a gritar por la ventana. Sara cree que Paco ha matado a Maruja. Está aterrorizada.

***

«Si no quieres que nadie se entere, cierra la ventana».

El mensaje apareció en la pantalla de Marta, sorprendiéndola de un modo desagradable.

No conocía el número y sintió un temor irracional.

Miró en dirección al apartamento de Paco y Maruja, pero las ventanas estaban cerradas y las persianas bajadas.

Un piso más arriba, Q le señaló su propio móvil.

«¿Q?»

«No, soy Sofía».

«Cuelga y responde a mi videollamada».

—¿Qué está pasando? —preguntó Iván justo antes de que cortase la comunicación.

—Deja que lo averigüe primero y luego te cuento.

Pero para su sorpresa, cuando respondió a la llamada de Sofía, se encontró con que Iván estaba incluido en el grupo.

Todos cerraron puertas y ventanas.

Marta miró hacia el techo de su dormitorio. A un pequeño agujero apenas perceptible en la base de la lámpara.

Había olvidado que estaba allí, y que de pequeña se comunicaba con su vecina de arriba. Luego se hicieron demasiado mayores y aprendieron a ignorarse.

—¿Qué hace Q aquí?

—Creo que es justo que si está Iván, Q también lo esté.

—Es que no sé qué haces tú aquí —respondió Marta algo molesta —. Yo estaba hablando con Iván.

—Sobre un asesinato. No puedes esperar que finja no haberlo oído.

—¡Asesinato! ¿Qué asesinato? —preguntó Q.

—Marta dice que sus vecinos de enfrente se han matado.

—¿Quién ha matado a quién? —preguntó Sergio apareciendo en la pantalla de Q por detrás de su hermano.

—Nadie a nadie. ¡Seguro! —afirmó Marta, incómoda por el modo en el que aquello se estaba extendiendo—. Pero Sara cree que sí. Dice haber visto a una mujer muerta en la cocina de enfrente el domingo de madrugada.

—¿Maruja? ¡Imposible!

—Pero yo no la he visto desde el viernes —dijo Q—, y Frasco no para de ladrar cuando sale Paco.

—Yo los oí discutir esa noche —recordó Sergio, y añadió al pensar en su encuentro de aquella mañana—: Y Paco está raro. Más de lo habitual.

—Yo quería que Iván me tranquilizase y lo que estáis logrando es ponerme más nerviosa.

—¿Cómo estaba Sara cuando te lo dijo? ¿Divertida? —preguntó Iván—. ¿Crees que se hacía la interesante?

Marta no tuvo ni que pensarlo.

La negativa de su prima a levantarse de la cama.

El modo en el que había ido tranquilizándose al adornar la habitación.

La expresión de temor al mirar hacia la cocina de los vecinos.

Y el miedo al ver a Paco.

—No. No creo que mintiese. Aunque espero que esté equivocada. Por favor, si alguien ve a Maruja, que me avise.

Todos asintieron, y Sofía creó el grupo «TE VEO», para mantenerse en contacto.

6. Cancelaciones y decepciones

—No me puedo creer que todavía no se haya abierto la plataforma para seguir las clases. ¿A qué esperan? —bufó Q al conectarse y ver que el acceso estaba vetado a los alumnos.

Había recibido un *mail* de su tutora avisándole que aquello podía alargarse debido a la situación y que tuviesen paciencia. No dependía de los profesores.

—En cambio mi profa de Química, que en clase no sabe ni conectar el cañón proyector, ya ha convocado varias clases por videoconferencia —gruñó Iván—. Resulta que es una jáquer y nosotros sin saberlo. Muchas gracias por la tableta, con ella y la conexión de Sofía, tal vez pueda salir adelante. Me habéis salvado la vida.

Desde que Sofía había creado el grupo «TE VEO» el día anterior, se habían acostumbrado a mantenerse más o menos conectados.

Todos tenían sus propios amigos con los que se mantenían en contacto, pero poder verse a través de la ventana cuando no se les permitía reunirse en persona los había unido.

Eso, y el asesinato.

Los adultos se habían adueñado de los salones y los balcones exteriores y ellos se habían atrincherado en los dormitorios y el patio interior para mantener su intimidad y averiguar si los vecinos guardaban un macabro secreto.

—De nada. Mi padre va a poner el wifi de casa a disposición de los vecinos, hasta que contrate uno para la comunidad. Julia, la del cuarto, tiene dos niños pequeños y tampoco dispone de fibra.

—Hola, chicos —saludó Sofía conectándose a la reunión.

—¿Qué te ha pasado?

Sofía se tocó la cara enrojecida y luego le quitó importancia.

—Nada. Mi madre ha recibido un vídeo en el que se aconseja hacer vahos para matar el COVID-19. Pero os llamaba por otra cosa. Mirad por la ventana hacia el objetivo.

—¿Qué hay que ver? —preguntó Q, que al tenerlo justo debajo no disponía de la privilegiada vista de sus compañeros.

—Yo tampoco veo nada —admitió Iván, demasiado arriba para tener un buen ángulo de visión.

—No hay cortina en el baño —les aclaró Sofía—. Han quitado las cortinas de la bañera. Eran azules y estaban llenas de peces y tortugas.

—¿Y eso qué significa?

—No estoy segura, pero ¿cómo piensan ducharse ahora? ¿Y si las han quitado para envolver algo? Anoche Frasco volvió a gemir y a ladrar.

—Tampoco hay ropa tendida —observó Q mirando hacia la única parte que le era visible—. Maruja es una obsesa de la limpieza y siempre tiene ropa en el tendero. Le grita a mi madre si la nuestra suelta alguna gota sobre la suya.

Todos se quedaron mirando el tendedero vacío del segundo piso.

—Hay que contárselo a Marta —dijo Iván volviendo al interior.

—¡Ah, Q! —recordó Sofía—, lo siento mucho. Pero seguro que todo irá bien.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Q desconcertado.

—Las pruebas de acceso a la universidad. Ya es oficial. No están canceladas, pero las han retrasado. Aún no se sabe cuándo las harán.

***

A Marta se le escapó una lágrima que acabó sobre la pantalla del móvil a la vez que entraba la llamada de Iván.

Lo dejó sonar, pero no la aceptó.

—¿Qué te pasa, Marta? —preguntó Sara quitándose los cascos. Había estado atenta a la pantalla de su tableta y a su profesora, que les había dado su primera clase por internet.

—Nada, no es nada.

Sara se levantó del escritorio donde estaba y se acercó a su prima, poniéndole una manita sobre la suya.

Marta la miró sorprendida y dejó que la pequeña tirase de ella y la condujese hasta su cama de colores. Cuando las dos estuvieron sentadas, corrió la cortina improvisada y ambas quedaron protegidas por el refugio de tules y purpurina.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sara otra vez, acariciándole la mejilla.

En aquel momento ella parecía la adulta y Marta sintió ganas de reír.

Logró contenerse.

Por un lado, Sara se habría sentido muy ofendida, y por otro, hacía mucho que nadie la trataba así. Desde que su madre había muerto.

Su padre lo intentaba, pero no lo lograba.

—Es una tontería.

—Cuéntamelo. Yo te hablo de mis cosas.

Marta asintió.

—Llevo tiempo entrenando para entrar en el Campamento Olympo para Jóvenes Deportistas. Y mi amiga Alicia me acaba de decir que lo han cancelado.

Sara se abrazó a ella.

—Te entiendo bien. Yo tampoco podré celebrar mi cumpleaños. Pero el año que viene todo será mejor —la consoló, repitiendo lo que tantas veces le habían dicho en los últimos días.

Marta le devolvió el abrazo sin atreverse a decirle que en su caso no sería posible. El límite de edad era los dieciséis años.

El año siguiente sería tarde para ella.

Se le escapó otra lágrima más.

Se había esforzado tanto. Tanto.

***

—Es definitivo. Estoy sin trabajo.

Iván miró a su madre.

Habían escapado de su padre, y sobre todo del ambiente nocivo que le rodeaba, aprovechando el piso que les había dejado su abuela.

«Pero si no lograban mantenerse por sí mismos...». Iván contuvo el aliento. No quería terminar de completar aquel pensamiento.

—Encontraremos el modo —aseguró, y su madre asintió.

—Todavía nos queda algo de dinero, y una chica que conozco me va a ayudar a pedir una subvención. Nos irá bien —prometió.

Que ella mantuviese el ánimo y la iniciativa eran buena señal.

***

—¡No puede ser! Y si no puede ser, es realmente imposible —gritó Sergio.

—Pues es así. Hazte a la idea —le respondió Q, harto de sus lamentos—. Es solo un viaje. Debería preocuparte más la posibilidad de que nos impidan acceder a la EBAU. Es nuestro futuro lo que está en riesgo.

Sergio se volvió hacia su mellizo y lo miró como si fuese un extraño.

¿Cómo podían ser tan diferentes?

—¿Qué me importa a mí ese estúpido examen? Y no es solo un viaje. Es EL VIAJE. Único en la vida. Iba a ir con Lena. Iba a ser maravilloso.

Un corto borboteo les anunció la llegada de un mensaje al móvil de Sergio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Q al ver que se ponía blanco tras consultarlo.

—Los padres de Lena se la llevan a la casa que tienen en el campo para pasar el confinamiento. Creen que allí estarán mejor.

Volver a la residencia principal, aunque estuviese en otra

comunidad, se consideraba un desplazamiento justificado.

—¡Pero si estamos confinados! No la ibas a ver de todos modos.

—Claro, tú tienes a Sofía al otro lado de la ventana —le acusó Sergio—. A veces me pregunto cómo podemos ser hermanos.

Q bajó la mirada avergonzado. Era cierto.

—Tengo que verla antes de que se vaya.

Oyeron las llaves en la entrada y ambos supieron que su padre acababa de llegar.

—¡Papá! —gritó Sergio corriendo a su encuentro.

Alfonso aún estaba en la entrada, quitándose los zapatos.

—¡No te acerques! —ordenó el policía, apartándose de su hijo—. No me toques.

La violencia del grito, y el rechazo casi físico que contenía, tomó por sorpresa a Sergio, que se quedó paralizado.

—Papá, yo quiero salir —acertó a decir.

—Ni lo sueñes. Vete a tu cuarto —gritó Alfonso, sin dar a su hijo ninguna oportunidad de explicarse.

***

Sofía espió por la ventana hacia la ventana del baño de Paco.

La desaparición de la cortina la tenía intrigada.

Tal vez había visto demasiadas películas de terror, pero le daba muy mala espina.

7. Descubrimientos

La mayoría de vecinos salió a las ocho de la tarde a los balcones para aplaudir.

Ya no era un secreto que se estaba librando una batalla en la cual no luchaban únicamente los sanitarios, sin apenas armas ni idea de cómo vencer. Policías, limpiadores, transportistas, empleados de supermercados, asesorías, farmacias y otros muchos se exponían al virus sin modo de saber si eran contagiados o se convertían en vehículos de contagio, tratando de mantener los servicios esenciales.

El resto esperaba. Los afortunados enfrentándose al reto del teletrabajo, algo casi desconocido para la inmensa mayoría. Otros sin trabajo, sumando a la pandemia, la incertidumbre de cómo iban a salir adelante.

A aquellos aplausos se les unió un vecino de la calle de enfrente, que era DJ de profesión y se había arrancado a poner música tras el homenaje diario. La canción *Resistiré,* que se estaba extendiendo en las redes como un himno, inició veinte minutos de música para todas las edades.

***

Sergio seguía furioso.

Daba vueltas a la habitación como un animal enjaulado.

Hasta que recibió una llamada de Lena y tomó una decisión.

—Cúbreme —le dijo a su hermano, y añadió al ver que Q iba a responder—: Ni se te ocurra decirme nada. Tengo que verla.

Salió del cuarto y pasó junto al dormitorio de sus padres.

La puerta estaba entreabierta y no pudo evitar echar un vistazo, para comprobar si estaban entretenidos.

Ambos estaban sentados a los pies de la cama.

Su padre todavía tenía la toalla de después de la ducha enrollada alrededor de la cintura. Y se cubría la cara con las manos.

Sergio se quedó paralizado al darse cuenta de que sollozaba.

Su padre era un hombre fuerte, sensato y, aunque también era capaz de ser tierno, mantenía el control. Nunca lloraba.

Su madre le cogió la cabeza y la apoyó contra su pecho mientras

emitía susurros tranquilizadores, como hacía con Q y con él cuando eran pequeños.

—Me odia —dijo su padre apartando las manos de la cara. Le temblaban.

—Sergio es un adolescente. Todos odian a sus padres. Se le pasará. Es un buen chico, os parecéis mucho. Y os queréis.

—No he podido evitarlo. No sabes cómo están las cosas. He estado en el hospital y aquello parece un campo de batalla. Puedo traer ese maldito virus a casa en cualquier momento. Y no os lo quiero contagiar.

Su madre dejó de acariciar la cabeza de su marido y le obligó a que la mirase a los ojos.

—¿Me estás queriendo decir algo?

Su padre se irguió y la miró de frente.

Volvía a ser el hombre seguro de sí mismo de siempre.

—Algunos compañeros han empezado a quedarse a dormir en la comisaría, pero Juan me ha ofrecido su casa. Es soltero y vive solo, así que tendría una cama y no compartiría ducha con veinte compañeros.

—¿Te vas de casa? —preguntó la madre de Sergio, incrédula.

—Solo mientras dure esto. No me perdonaría si os pasase algo a ti o a los chicos por mi culpa.

—Escúchame bien —dijo ella poniéndole una palma de la mano en cada mejilla. Sergio conocía aquel gesto y aquel tono—. No vas a irte a ningún lado. Pondremos bolsas de basura en la entrada para la ropa y los zapatos. Agua, jabón y lejía. Construiremos un lavabo junto a la puerta si hace falta. Te meteré en agua hirviendo como a un cangrejo cada noche. Pero no te vas a ir a ninguna parte. ¿Me has oído?

Su madre no lo usaba mucho, pero era tan tajante como suave.

No admitía discusión.

Su padre asintió.

Sergio los dejó solos y se dirigió a la entrada.

No sabía muy bien qué pensar sobre lo que había escuchado. Que su padre estuviese tan asustado lo preocupaba más que cualquier noticia venida de fuera.

Abrió la puerta de entrada y cerró con la ayuda de la llave para no hacer ruido.

***

Sofía apagó el portátil y acarició a India, que emitió un suave ronroneo.

Sus padres estaban en el balcón, escuchando la música que venía del otro lado de la calle. Habían puesto una mesita y dos sillas, y lo habían transformado en su rincón.

Sabía que estaban preocupados, pero fingían tomárselo con calma. Ella cocinando tartas que no se comían y él montando las maquetas que nunca había tenido tiempo de hacer. Ambos empeñados en que ella participase en sus aficiones.

Consultó el móvil y abrió un archivo que le había enviado su amiga Amparo. En él se veía cómo se quemaba un trozo de la falla del ayuntamiento de Valencia.

Lo habían hecho de madrugada y sin avisar, con los bomberos como únicos testigos.

Aquella plaza debería haber estado a rebosar de miles de personas. Todas ellas felices y festejando el cambio de estación. Casi podía sentir el pesar que Amparo estaría sintiendo en aquel momento.

Y, sin embargo, la ausencia de espectadores era en sí misma toda una manifestación de unidad. Por una vez, aislarse y alejarse los unos de los otros requería una espera activa y consciente en favor de los demás y uno mismo.

—¡Voy a bajar la basura!

Sus padres se despidieron desde el balcón, con sendas copas de vino en la mano mientras asistían al improvisado concierto.

***

Sergio sonrió mientras volvía hacia el aparcamiento.

La madre de Lena había consentido en pasar por allí antes de irse para que pudiesen despedirse, siempre y cuando los padres de Sergio estuviesen conformes.

Sergio, por supuesto, había mentido.

Tras esperar casi media hora en la oscuridad, viendo la calle vacía y los balcones llenos, el coche cargado se había detenido y él había corrido al encuentro de Lena.

Lo había incomodado que sus padres y su hermana estuviesen presentes. Pero como no la habían dejado salir del coche se había tenido que conformar.

Y el beso había sido fantástico.

Iba a regresar a casa tan silenciosamente como se había ido cuando un grito le alertó de que algo estaba ocurriendo ante la puerta principal del edificio.

Olvidando la cautela, corrió en aquella dirección.

***

Marta salió del edificio y vio que Sofía estaba parada en medio de la acera, con la bolsa de basura en la mano.

Para evitar contagios, las tapas de los contenedores permanecían

abiertas, y cuando Marta llegó junto a su vecina se dio cuenta de que estaba mirando el interior de uno de ellos.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo ahí dentro? —preguntó, deteniéndose a una distancia prudencial.

Les habían dejado muy claro que era importante no acercarse unos a otros.

Sofía señaló el interior.

Marta se acercó un poco más, sin saber muy bien qué iba a encontrar. Tal vez un gatito o una jaula con un hámster abandonado. Había gente muy desaprensiva por ahí y no sería el primer caso.

Pero no oía nada y lo único que acertó a ver fueron oscuras bolsas de basura, y un plástico azul con peces y tortugas.

—Es la cortina de baño. La que ha desaparecido de casa de Paco y Maruja.

Marta dejó su bolsa en el suelo y se acercó al contenedor.

Se dobló para asomarse al interior y tiró del plástico, pero pesaba demasiado. Decidió sacar las bolsas que tenía encima.

—¿Qué haces?

—Averiguar si hay algo más. No pienso quedarme aquí parada.

Estas palabras, de una chica más joven que ella, la hicieron reaccionar. Así que Sofía se acercó por el otro extremo del contenedor para ayudarla.

—Desde luego está envolviendo algo.

Marta empezó a manipularlo, pero una sustancia pringosa se escapó del interior, manchándole las manos.

Al levantarlas asqueada, para ver lo que era a la luz de las farolas, descubrió el color rojo oscuro de la sangre medio coagulada.

Fue entonces cuando Sofía gritó.

***

—¿Qué está pasando? ¿Qué hacéis vosotros tres aquí y por qué están todas esas bolsas fuera del contenedor? —preguntó Alfonso saliendo del edificio, y añadió al reconocer al adolescente que estaba inspeccionando el interior del basurero—. ¡Sergio!

—¡Papá! Ven. Tienes que ver esto.

—Volved a meter todo esto dentro del contenedor.

—Es Paco, el vecino. Ha matado a su mujer y la ha tirado a la basura.

—¿Qué estupidez es esa? Todos a casa.

—¿Por qué no me crees? Eres policía. Ven y mira.

Alfonso iba a ordenarles otra vez que volviesen al edificio, pero tras el incidente con su hijo al llegar a casa, y ante la visión de las tres caras juveniles que esperaban su respuesta, decidió ceder un poco.

Tampoco costaba tanto averiguar qué pasaba.

—Eso no es un cuerpo humano. No es lo bastante grande —razonó Alfonso, aunque ante la visión de la sangre tuvo que reconocer que resultaba sospechoso.

—Tal vez la ha cortado a cachos —sugirió Sergio—. Así llama menos la atención.

—Eso es ridículo —lo interrumpió su padre, que se había puesto unos guantes y estaba desenvolviendo la cortina.

Cuando lo logró quedó a la vista una mata de pelo grisáceo y unos ojos oscuros sin vida.

Pero el policía tenía razón.

No era Maruja.

—¡Es Frasco! —gritó Sofía al reconocer al *schnauzer*.

8. El registro

—¿Qué pasa? —preguntó Sara al ver a su prima pegada a la mirilla de la puerta.

—Hemos encontrado el cadáver de Frasco en el contenedor y la policía va a registrar la casa de nuestro vecino —informó Marta sin perder detalle de lo que estaba sucediendo en el descansillo.

—Pobre perrito —se lamentó Sara.

El cadáver de Frasco había llamado la atención de Alfonso lo suficiente como para escucharlos, pero no tanto como para que se creyese que habían asesinado a Maruja.

Aun así, ante la insistencia de los muchachos, había llamado a un par de compañeros e iban a interrogar a los dueños del animal.

Sara acercó una silla a la puerta, y Marta se apartó para dejarle su puesto de vigilancia para que también ella pudiese espiar.

Dos policías, uno de ellos el padre de los mellizos, estaban ante la puerta de enfrente.

—Me creíste —susurró Sara, devolviéndole la mirilla a Marta.

—Claro que sí, enana —respondió abrazándole la cintura cariñosamente y volviendo a dejarle el lugar de honor.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó Alfonso y miró hacia la escalera desde donde también los estaban espiando—. Volved a casa inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paco abriendo su puerta.

—Hola, Paco. ¿Podemos hablar con Maruja?

—¿Maruja? ¿Por qué?

—Porque hemos encontrado a vuestro perro en la basura. Pero será mejor que entremos, el rellano no es el mejor lugar para una conversación como esta.

Alfonso avanzó un paso y se coló en el interior del domicilio, seguido por su compañero.

—¿Pasa algo, chicas? —preguntó el padre de Marta desde el salón.

—Nada, papá —respondió Marta mecánicamente antes de volverse hacia su prima—. Vamos a la cocina. Desde allí veremos mejor lo que pasa.

***

Sofía llamó a Marta y a los chicos. Estos, por la posición de sus ventanas, tenían una línea de visión muy mala o nula.

Gracias a las chicas, a través de la cámara, pudieron observar todos por igual.

Aunque era menos de lo que esperaban, debido a que la mitad de las habitaciones daban al otro lado y la mayoría de las persianas estaban bajadas. Aun así, vieron a Alfonso hablando con Paco en la cocina mientras el otro policía iba inspeccionando el resto de las habitaciones.

Podían saber cuál por las luces que se iban encendiendo en el apartamento.

Maruja no apareció en ningún momento. Tampoco se la oyó.

Al cabo de unos diez minutos, ante la sorpresa y desencanto de los jóvenes espectadores, Alfonso saludó a Paco y los policías abandonaron la casa.

***

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sergio cuando vio entrar a su padre.

—¿Por qué no lo habéis detenido? —añadió Q, que había sido puesto al día de todas las novedades.

—Porque, aunque no lo apruebe, tirar a la basura el cadáver de una mascota no es un delito. Y no hay nada más de lo que acusarle. Y menos ahora, que no puede ir a ningún sitio a enterrarlo.

—Pero ha asesinado a su mujer —protestó Sergio.

—No, no lo ha hecho. Y será mejor que no vayáis diciéndolo por ahí —les advirtió Alfonso señalándolos alternativamente con un dedo acusador—. Bastante tenemos con lo que está sucediendo como para atender denuncias falsas de adolescentes con exceso de fantasía.

—No es mentira. Yo escuché la pelea. Fue tremenda. Ella dijo que el piso también era suyo y que quería venderlo. Él se negó. Se puso muy violento.

—Eso demuestra que no escuchaste bien. El piso era de la madre de Paco y él lo heredó. Su mujer no puede venderlo.

—¡Sara vio el cadáver! —insistió Sergio.

—Sara es una niña con mucha imaginación, que está en una casa extraña y se había levantado en mitad de la noche. Y todo el mundo se pelea —argumentó Alfonso, poniendo una mano sobre el hombro de Sergio—. Tú y yo, no hace mucho rato, nos hemos gritado, y no por eso vamos a matarnos. ¿Verdad?

—Diga lo que diga, no me vas a creer. ¿Qué importa entonces? —gruñó Sergio, sacudiéndose la mano de su padre de encima y escapando hacia su habitación.

—Y Maruja, ¿dónde está? —preguntó Q.

Con un suspiro, Alfonso se volvió hacia el que consideraba el más sensato de sus hijos.

—En casa de su padre. Es un hombre muy mayor y no ha querido dejarlo solo durante el confinamiento. Y antes de que me preguntes, lo del perro ha sido un accidente.

—¿Estás seguro?

Alfonso contuvo un gruñido. Estaba acostumbrado a discutir con uno de sus hijos, pero no con ambos a la vez.

—Sé que no ha sido con mala intención, Quintín, pero os habéis confundido. Agradezcamos que todo haya terminado bien y que Paco no quiera poner una denuncia por difamación.

—Sí, es muy amable por su parte —afirmó Q con tanta ironía que logró ponerle a su padre los pelos de punta.

***

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía desde la pantalla.

Iván, Marta y Sara también esperaban impacientes.

—¡Todo ha salido mal! Estábamos equivocados.

9. Conformarse o luchar

—No la ha visto —anunció Q entrando en el dormitorio.

Sergio, que se había puesto por una vez a hacer los deberes, lo miró confuso, con las neuronas todavía puestas en el problema de Matemáticas que no lograba resolver.

—¿A quién no ha visto? ¿De qué estás hablando?

—De papá. Habló por teléfono con Maruja, pero no la vio.

Sergio dejó a un lado sus tareas y se lo quedó mirando.

—¿Por qué te interesa tanto? Normalmente soy yo el de las teorías fantásticas mientras tú eres el que estudia.

—Yo también tengo mis teorías, pero sueles andar demasiado ocupado con las tuyas como para prestarme atención.

Sergio se quedó mirando a su hermano, irritado y avergonzado por la crítica. Pero no había reproche en la voz ni en el gesto de su mellizo.

—De acuerdo. Cualquier cosa será mejor que estudiar. ¿Qué propones?

***

—Muy requetebién, chicas. ¡Un pequeño esfuerzo más! —animó Marta en el descansillo del primero, sosteniendo en cada mano un botellín de agua y alzando las rodillas alternativamente.

Lucía, la anciana que vivía justo debajo de su casa, tenía la puerta abierta y se mantenía en el interior de su domicilio, intentando seguir los ejercicios de su joven vecina mientras se apoyaba en su andador para no perder el equilibrio.

Sara se había apuntado a la sesión, y se mantenía junto a Marta.

—Venga, diez más. Ánimo, Lucía. Hay que mantener esa circulación sanguínea en forma.

Lolo dio otra vuelta sobre sí mismo, entusiasmado con tanta actividad.

El ascensor se detuvo y Sofía salió cargada con algunas bolsas de la compra.

—Y con esto damos la sesión de hoy por terminada. Se acabó —dijo Marta con una sonrisa—. Y mañana podemos intentarlo por

videoconferencia. Así practica para hablar con sus nietos.

—Muchas gracias, guapa. Y si lo hacemos así, ¿mis amigas podrían verlo también? Tienen miedo de salir y de que las piernas les fallen.

—Claro que sí. Es muy buena idea.

—Muchas gracias, gracias de verdad. Y a ti también, bonita —añadió al ver que Sofía le dejaba una de las bolsas junto a la puerta—. No sé qué haría sin vosotras. Espero que esto no dure mucho.

—Dure lo que dure, cuente conmigo —aseguró Sofía, logrando emocionar a la anciana.

—¡Y con nosotras! —afirmaron Sara y Marta al mismo tiempo desde el fondo del descansillo. Se habían apartado todo lo posible, advertidas como estaban de mantener la distancia con los demás—. Y recuerde que tiene que contarnos cómo hace ese bizcocho de naranja tan bueno.

—Claro que sí, cuando queráis.

—Sara —dijo Sofía cuando la anciana cerró la puerta y las primas empezaban a subir la escalera—, ¿realmente viste un cadáver en la cocina de enfrente?

La niña miró primero a Marta y luego a Sofía antes de asentir.

—Había una mujer, y estaba muerta.

—¿Y vamos a dejar las cosas así? ¿Nos conformaremos con la palabra de Paco?

***

La casa olía a cocido y a albóndigas.

Iván no sabía si alegrarse o preocuparse de la actividad frenética que su madre estaba desarrollando en la cocina a la vez que él le daba una última pasada de barniz a la puerta del salón.

Su madre había ido a la parroquia buscando ayuda, y había acabado comprometiéndose a hacer comida para el comedor comunitario si le proporcionaban los ingredientes.

Sonrió sin darse cuenta. Así era ella.

Sobre su cabeza, en la azotea, resonaron una vez más los ruedines de los niños del cuarto. El pequeño Javier trataba de alcanzar sin éxito al patinete de su hermano mayor.

Podía llegar a ser molesto, aunque ¿cómo mantenerlos en casa todo el día? Y, al fin y al cabo, en el último piso solo estaban ellos y una pareja anciana y medio sorda. Los dueños del piso de enfrente estaban trabajando en Abu Dabi desde octubre.

No paraba de darle vueltas a lo sucedido tras el registro.

Se habían equivocado.

La explicación era lógica.

Pero ¿era cierta?

«Justifica tu respuesta» era la coletilla que añadían sus profesores a casi todas las preguntas.

Tal vez era hora de que le encontrase una aplicación práctica.

Cogió el teléfono.

Sobre su cabeza, Javier le ganaba terreno a su hermano.

—Marta, ¿conoces a alguien que viva cerca del suegro de Paco?

***

Hay una teoría que dice que todos estamos conectados por una cadena de como máximo diez personas.

El COVID-19 lo estaba poniendo trágicamente de manifiesto, infectando al planeta entero en una cascada que el confinamiento trataba de contener.

El grupo de amigos del edificio puso esta teoría a prueba, con un fin más concreto y productivo: probar que Paco había mentido y que Maruja no estaba en casa de su padre.

Costó arrancar, pero con la ayuda de Facebook, Instagram, WhatsApp y alguna que otra red adicional, acabaron por localizar la dirección del suegro de su vecino y un posible aliado en la casa de enfrente.

Luis, que estaba en 3.º de ESO, se mostró encantado de espiar para ellos.

No se había fijado si allí se había mudado una mujer, pero no dudó en establecer un puesto de vigilancia con la intención de averiguarlo.

***

A las siete de la mañana, Marta salió en silencio de su casa y subió las escaleras hasta el último piso.

El delicioso olor, que se filtraba por debajo de la puerta de Iván, ponía de manifiesto que su madre se había levantado ya y estaba cocinando.

Aquella mujer resultaba imparable.

Aunque Iván no lo decía, estaban pasando apuros económicos, y aun así trabajaba para ayudar a los demás.

Por lo que le había contado su amigo, dos veces al día pasaban los de Protección Civil y recogían
lo que cocinaba para repartirlo entre aquellos que lo necesitaban.

En su mayoría gente mayor que no podía salir a comprar o familias cuyos recursos fuesen muy limitados.

Volvió a bajar las escaleras y llegó hasta la puerta de la calle.

A través del cristal vio las farolas aún encendidas y la difusa luz previa al amanecer.

Lloviznaba y el suelo estaba mojado.

Todo se veía anormalmente tranquilo, sin el habitual trasiego de la gente que solía moverse a aquella hora para ir a trabajar.

Sintió el impulso de salir, como si la calle la llamase.

Mucha gente no entendía el modo en el que el deporte la calmaba y la satisfacía.

Se sentía encerrada. Prisionera.

A lo lejos, le pareció ver paseando a la vieja Marga.

Deseó estar loca como ella. Así podría salir sin que a nadie le importase.

Pero, claro, todos estaban en la misma situación.

Apartó la mano del tirador de la puerta y le dio la espalda a la calle y a la locura.

Por el momento debería conformarse con la escalera y sus tablas de ejercicios.

El móvil emitió un suave pitido y comprobó que le había llegado un archivo de vídeo.

Luis debía de ser tan madrugador como ella o haberse tomado muy en serio su tarea como vigía.

En las imágenes que había grabado desde su ventana, se podía ver a Maruja en la casa de enfrente. Aunque la calidad no era de las mejores, los rulos y los gestos eran inconfundibles para Marta, que había crecido con aquella mujer y sus hábitos a pocos metros.

Hacia el final del vídeo, una luz le daba de lleno en la cara y entonces sí que no cupo ninguna duda.

Según Luis, lo había grabado pocos minutos antes.

Su esperanza se había esfumado.

¿Cómo podía estar tan triste porque una persona no hubiese muerto?

Guardó el móvil y regresó hacia las escaleras.

Sus esfuerzos habían acabado una vez más en fracaso.

Al pasar junto a los buzones la sorprendió una nota pegada con celo a uno de ellos.

SOMOS TUS VECINOS Y QUEREMOS PEDIRTE POR EL BIEN DE TODOS QUE TE BUSQUES OTRA VIVIENDA MIENTRAS DURE ESTO, YA QUE HEMOS VISTO QUE TRABAJAS EN UN SUPERMERCADO Y NO QUEREMOS MÁS RIESGOS. GRACIAS

10. Creer en las hadas

—Maruja está viva.

—O eso, o tiene una hermana gemela que viste igual de mal.

La reunión del grupo «TE VEO» era inevitable.

Todos estaban en sus dormitorios, pegados a las pantallas de sus móviles.

El vídeo no dejaba lugar a dudas.

—Eso es una buena noticia. Una mujer no ha muerto y uno de nuestros vecinos no es un asesino —dijo Sofía.

—Tal vez no haya un asesino entre nosotros, pero sí un desgraciado —soltó Sergio a bocajarro.

—¡Sergio! ¿A qué viene eso?

Sergio apretó la mandíbula y volvió la cabeza, consciente de que Sara también estaba escuchando y no quería soltarlo delante de ella. Se le había escapado.

—Cariño, ¿te importaría ir un momento a tu refugio? —le pidió Marta a la niña.

Sara puso los brazos en jarras e hinchó los carrillos enfurruñada mientras le lanzaba una de sus patentadas miradas gélidas.

Hacía tanto que no tenía una rabieta que a Marta le entraron ganas de reír, afortunadamente logró contenerse.

—¿Confías en mí? —le preguntó con toda la suavidad y seriedad de la que fue capaz.

Sara soltó el aire que estaba conteniendo y bajó los brazos, pero se notaba que no estaba convencida.

Aun así, asintió.

—No te estoy echando, pero por la cara que ha puesto, me da a mí que lo que va a decir Sergio es feo y triste. Te lo contaré más tarde, pero deja que lo escuche primero.

—¿Feo y triste?

—Sí, Sara. Marta ha acertado. Es una mierda —confirmó Sergio desde la pantalla, ganándose una colleja de Q—. Lo siento, no puedo suavizarlo.

Sara los miró a los ojos a través de la pantalla y luego asintió una vez más antes de dirigirse a su cama y cerrar la cortina de tul y purpurina.

—¿Qué pasa, Sergio? —preguntó Iván impaciente.

Empezaba a conocerlo y sabía que solo las injusticias lo ponían tan furioso.

A modo de respuesta, Sergio compartió una foto de los buzones.

—Es de esta mañana a las diez y poco. La han colgado en el grupo de la escalera. Mi padre está furioso. Creo que es la primera vez que estamos de acuerdo en algo.

El cartel que había arrancado Marta volvía a estar colgado.

Ninguno podía creer lo que estaban leyendo.

—¿Quién puede ser tan miserable? —se preguntó Sofía, incrédula.

—Y ese es el buzón de la familia del cuarto —identificó Iván—. Tienen dos niños pequeños. Se llama Julia. Lo que debe de estar sufriendo cada día al ir a trabajar y al regresar a casa sin saber si va a infectarlos.

—¡Y por supuesto que la han visto en un supermercado! —añadió Q tan enfadado como los demás—. La habrán visto al ir a comprar, al beneficiarse de su trabajo.

—Anónima y en letra impresa, por supuesto —comprobó Sofía—. Además de desgraciado, cobarde.

—Y que lo digas. Con papá no se han metido. Tal vez porque es policía y no se atreven.

A Marta le tembló la mano al sacar la arrugada nota que había arrancado.

—Y no es la primera. No iba a enseñárosla. Creí que podría hacer como si nunca hubiese existido. Pero la han vuelto a colgar.

***

—Yo creo en las hadas —dijo Sara, sorprendiéndolos.

La niña había apartado la cortina de su cama y miraba hacia su prima.

—¿De verdad? ¡Qué bien!

Era una tontería. La típica respuesta automática que se le daría a una niña para que te dejase en paz.

Marta se dio cuenta de inmediato, sin que le hiciese falta la mirada incendiaria que Sara le lanzó.

Pero la nota le quemaba en la mano y en el corazón, en donde se le había quedado grabada.

—Lo siento, es que ahora tengo otra cosa más importante en la cabeza.

—Lo sé. Algo feo y triste —dijo Sara repitiendo sus palabras.

Marta estuvo segura de que, a pesar de estar tras la cortina y ponerse los cascos, se había enterado de todo.

—Así es.

—Cuando en *Peter Pan* alguien decía que no creía, que no creía en... —Sara se mordió la lengua, sin decidirse a terminar la frase maldita.

—En las hadas —concluyó Q por ella desde la pantalla del móvil—. No te preocupes, no lo dices en serio, así que no ocurrirá.

Sara le sonrió y asintió.

—Cuando dicen *eso*, que es feo y triste, un hada muere. Pero salvaron a Campanilla. La salvaron diciendo que creían en las hadas.

—Pero esto no es un cuento. Creer en las hadas no soluciona las cosas —trató de explicarle Marta.

—Hablas como un adulto —la acusó Sara.

Marta iba a responder, sin embargo, Q se le adelantó.

El serio y callado Q, al que la gente veía como un adulto desde que era pequeño.

—Tienes toda la razón, Sara —afirmó con una ancha sonrisa—. Yo también creo en las hadas. Y no me miréis así, ignorarlo y arrancar la nota no ha servido de nada.

—Yo creo, sí creo —canturreó Sara feliz—. ¡Yo creo en las hadas!

***

Por supuesto, la solución de Q tenía una aplicación más práctica que limitarse a afirmar su reconocimiento a unos seres mágicos.

De lo contrario, no habría sido él.

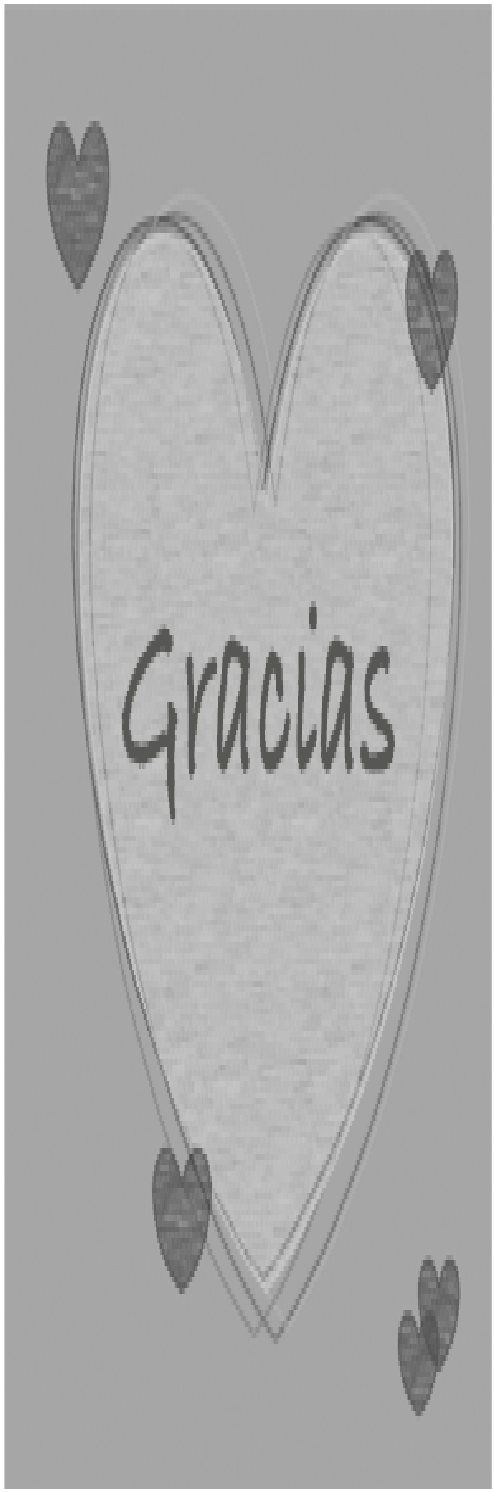
Pero no dejaba de ser una afirmación simple. Un soplo de aire empujado desde el alma y que cada uno de los amigos plasmaron por escrito con la esperanza de que obrase el milagro.

—¿Tienes tijeras? —preguntó Sara, con los dedos y la cara manchados de pegamento y purpurina—. Quiero darle forma de corazón y que no sea tan cuadrado.

Llevaba tiempo trabajando en su pequeño proyecto. Los demás habían terminado en pocos minutos, pero la pequeña se lo había tomado en serio y quería que el suyo fuese especial.

Marta se acercó para mirar.

En el suelo quedaban los restos desechados de intentos anteriores.


Gracias

—Yo no lo recortaría, así está muy bien. Creo que te ha quedado muy bonito. El mejor de todos —alabó Marta con sinceridad, y Sara se puso roja de satisfacción.

Tras dar los últimos retoques, Marta bajó a la entrada del edificio para situar el pósit junto con los demás.

Todos ellos habían colgado sus comentarios personales en el buzón de Julia, y en el del padre de los mellizos también.

Ellos creían en las hadas. En la gente que estaba luchando en su puesto de trabajo y en los que se quedaban en casa.

Ánimo y gracias
Estamos en tus manos
No pierdas el ánimo
Gracias por ayudar de nosotros
TE QUEREMOS
Gracias
Eres un orgullo
VALIENTE

No tardó en darse cuenta de que más vecinos se habían sumado a su declaración hasta cubrir la nota acusatoria, ahogándola entre todos.

Unos pocos mensajes más y no quedaría ni rastro.

Aunque aquello le subía el ánimo, el desasosiego que sentía no tenía nada que ver con el vecino insolidario.

De nuevo era culpa de Sara. Aquella niña parecía tener facilidad para llegarle al alma.

Y cuanto más se conocían, más sencillo y natural le resultaba.

—He estado mirando el vídeo que ha enviado ese chico, el vigía —había dicho Sara mientras terminaba su dibujo—. Es de esa mujer antipática que le gritó al perrito grande y bueno y lo acusó de atacarme.

—Sí, esa es Maruja, la mujer de Paco —había confirmado Marta justo antes de que Sara soltase la bomba.

—Pero ella no es la mujer que vi muerta.

11. Duda razonable

India se coló en el dormitorio de los mellizos y husmeó a su ocupante en busca de alguna golosina.

—Te has equivocado de tipo —advirtió Sergio cariñosamente mientras le rascaba entre las orejas.

A la gata no pareció importarle y ronroneó.

—Ha sido necesaria una pandemia y un confinamiento para verte estudiar.

Sergio miró a través de la ventana hacia la casa de Sofía.

Esta estaba apoyada en el alféizar de su cuarto.

—Mi madre se ha vuelto loca con la limpieza. Prefiero estudiar que verme reclutado en su campaña de renovación y mantenimiento.

—¿Y Lena no tiene nada que ver?

Sergio se atusó el pelo sin darse cuenta al escuchar aquel nombre.

—Admito que estudiamos los dos a la vez. A ella la tienen más controlada y es una manera de pasar tiempo juntos. ¿Decepcionada?

—¿Por? —preguntó Sofía con una media sonrisa.

—De no encontrar a Q.

—¡Ah! Un poquitín —admitió Sofía indicando una pequeña porción con los dedos índice y pulgar.

—¿Qué le ves? —preguntó Sergio, ganándose una mueca burlona de su vecina—. En serio. ¿Qué tiene? Aunque Q crea que estás fuera de su alcance, cuñadita, sé que hace tiempo te has fijado en él. Es un gran tipo. No me malinterpretes, pero también es un poco estirado y empollón.

Sofía pareció pensarlo un momento, y acabó sonriendo.

—Sabes que algunas chicas tenemos fama de que nos gustan los hombres mayores y más experimentados que nosotras.

—¿Viejos? —se burló Sergio.

—Maduros interesantes —corrigió Sofía.

—Eso dicen... —admitió Sergio, no muy convencido.

—Es porque buscamos un compañero de viaje. No queremos ir de niñeras por el mundo.

—Vaya, cuñadita, eso es una puñalada en toda regla.

—No te equivoques. Los inmaduros sois buenos amigos y geniales para pasar el rato. Muy divertidos. Pero a la larga cansáis.

—¿Y Q no?

—Tu hermano tiene el interés de un hombre maduro y la vitalidad

de un adolescente. Cuando dijo que creía en las hadas me pareció tan tierno.

—Yo también creo en las hadas.

—Tú eres Peter Pan.

—Eso ha dolido —gruñó Sergio fingiéndose ofendido, aunque acabó escapándosele una sonrisa—. Yo creyendo que compartía cuarto con un muermo y resulta que es el hombre perfecto. ¿A qué esperas?

Sofía le guiñó un ojo divertida. Esa parte se la guardaba para ella.

Y justo a tiempo, porque Q entró en la habitación cargado con una caja de cartón.

—Mamá dice que decidamos si nos quedamos estas cosas o las tirará a la basura. ¡Hay hasta patucos de cuando éramos bebés y puros que se repartieron en nuestro bautizo!

—Tenemos visita, Q. ¿No saludas? —le interrumpió Sergio con retintín, señalando con la cabeza hacia la ventana.

India saltó del regazo de un hermano y corrió hacia el otro, que la recogió del suelo.

—¡Ah! Hola, Sofía.

—Hola, Q.

—¿De qué estabais hablando?

—Del asesinato.

Q hizo un gesto de advertencia hacia abajo.

Paco podía oírlos.

—No pasa nada. Lo he visto salir. Se ha ido a hacer la compra.

—Y después del registro, todos saben lo que pensamos —le susurró Sergio—. ¿Tú crees a Sara? ¿Y si se lo está inventando para llamar la atención?

A pesar de todo Q señaló el móvil y cerró la ventana tras dejar salir a India.

—Yo creo que es mejor no arriesgarnos. En el peor de los casos es un asesino, y en el mejor, convivimos con él. Mejor no crear más mal ambiente.

Ante estas precauciones, Sergio miró al techo en un gesto de burlona exasperación y Sofía estalló en risas.

Sin comprender a qué venía aquello, Q frunció el ceño, confuso.

Sergio se sumó a las risas.

—No has respondido a la pregunta —le recordó Sofía cuando los mellizos respondieron a su llamada.

—Creo que vio algo —admitió Q al fin.

—Según Sara, un cadáver, pero Maruja está muy viva —protestó Sergio.

—Yo creía que la habían envuelto con la cortina del baño y, al final, resultó que era Frasco —añadió Sofía—. Además, tiene la mayoría de ventanas cerradas. Si hubiese un cadáver en esa casa, ya

olería a muerto y la policía lo hubiese encontrado durante el registro.

—Es cierto, pero hay un hecho que apoya la versión de Sara —intervino Q.

—Frasco estuvo ladrando mucho y a horas muy extrañas —recordó Sergio.

—¿Y por eso tenía que morir el pobre?

—Puede que Paco se limitase a bajar la basura o a subir las escaleras por gusto. Marta lo hace. Y eso no la convierte en una asesina.

—Os habéis olvidado de un hecho indiscutible y de otro testigo —los interrumpió Q.

—¿Cuál? —preguntó Sergio.

—Tú —dijo volviéndose hacia su sorprendido mellizo—. Oíste una discusión en el piso de abajo la noche del sábado.

—Sí, pero como has dicho antes, discutir no convierte a Paco en un asesino.

—Pero sitúa a una mujer esa noche en el apartamento a una hora muy avanzada. Maruja ya se había ido a casa de su padre, y las calles estaban vigiladas por la policía debido al inicio del estado de alarma.

—¿Y quién era esa mujer?

—¿Y dónde está?

—Por fin formuláis las preguntas adecuadas.

***

Su iniciativa con las notas de agradecimiento a Julia había obtenido mucha más respuesta de la esperada.

Y aquella noche, tras los aplausos diarios desde los balcones a sanitarios y trabajadores de servicios básicos, hubo un segundo homenaje más personal en su edificio.

Cuando Julia y Alfonso llegaron pasadas las ocho y media, tras terminar sus respectivos turnos, fueron recibidos por las notas de apoyo del buzón. A ellas se sumaron los aplausos de sus vecinos. Estos los acompañaron desde el umbral de sus hogares y por toda la escalera.

Y en la puerta de sus viviendas, además de sus familias, encontraron pequeños regalos. Geranios del balcón de la pareja del quinto, un sabroso guiso preparado por la madre de Iván, un pastel de parte de los padres de Sofía, un bizcocho de naranja de Lucía, varias flores de papel y algunas mascarillas caseras.

A Julia se le escaparon algunas lágrimas, pero contuvo el impulso de abrazar a sus hijos y amigos. La cálida emoción que emanaba de ella llenó la escalera.

Alfonso logró mantener una apariencia más calmada, aunque el

temblor de sus manos delataba el torbellino interior que lo embargaba.

***

—¿Por qué estás tan furiosa? —preguntó Iván.

El grupo «TE VEO» se había reunido para charlar y disputar una partida de *Quiz* a través de internet.

—Han salido todos a la puerta a recibirlos —gruñó Marta.

—Sí, ha sido precioso. —Aplaudió Sofía.

—A mí me ha enfurecido. Quien escribió el anónimo también estaba allí. Es cobarde, hipócrita y despreciable.

—Y no es el único —estuvo de acuerdo Iván.

—¿Y eso?

—He visto el grupo de WhatsApp de la escalera en el teléfono de mi madre y está que arde. Varios condenan la acción del anónimo y aprovechan para quejarse de otras cosas.

—¿Qué cosas?

—El uso de espacios comunes. Dicen que deberían estar prohibidos salvo para traslados esenciales.

—¡No! —se lamentó Marta. Para ella, subir y bajar las escaleras se había convertido en una vía de escape
a su ansiedad por estar encerrada—. Si yo no molesto a
nadie.

—No eres la única de la que se quejan. El del primero, el que tiene el mastín, pasa tiempo en el garaje, arreglando su coche.

—Andrés. Seguro que ha sido Paco. Él y Maruja le tienen mucha manía. Dicen que estuvo en la cárcel.

—Y es cierto —dijo Q, ganándose una mirada de sorpresa de todos. Se encogió de hombros—. Cuando tenía diecinueve años tuvo un accidente volviendo de una fiesta. Iba bebido y no era la primera vez. Por suerte no hubo muertos, pero al ser reincidente acabó en prisión por unos meses.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Sergio molesto.

—No preguntaste.

—Pero si nunca lo he visto beber.

—Supongo que aquello lo hizo reaccionar. Logró corregir el error antes de que hubiese una desgracia irreparable. Pero Paco y Maruja nunca pierden la oportunidad de meterse con él. Tal vez al final no sean un asesino y su víctima, pero sí mala gente. Consideran a Andrés un criminal.

—¡Pobre!

—Pues no han sido ellos —los sorprendió Iván—. Fue Conchi, la del primero. Vive justo sobre el garaje. De quien se ha quejado Paco es de

los hijos de Julia. Textualmente dice que «los méritos de Julia no justifican que sus hijos conviertan la azotea en un circuito de carreras». ¿Qué le importa a él? A los únicos que nos puede molestar es a los que vivimos en el quinto. Los de al lado están sordos como una tapia y a nosotros nos parece bien. Mi madre le ha enviado a Julia un mensaje por el privado diciéndoselo.

—¡Madre mía, qué tipejo!

—¡Vamos, Q, te toca! —dijo Sofía refiriéndose al turno del juego—. ¿Qué te pasa?

Q se había quedado completamente quieto, con la cabeza ligeramente ladeada y con los ojos perdidos en una mancha de la pared.

—¡Callad! Está pensando. Casi puedo escuchar su cerebro funcionando.

—Deja de decir estupideces, Sergio —lo amonestó Q saliendo del trance—. Aunque tienes razón. Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Cómo puede saber Paco que los hijos de Julia hacen carreras en la azotea?

—Tal vez ha subido y los ha visto.

—Entonces él también estaría haciendo uso de ese espacio y no pediría que lo cerrasen.

—Porque los ha visto o los ha oído.

—¿Cómo? Vive en el segundo.

—A nuestra casa no ha venido —aseguró Iván.

—Tampoco creo que haya ido a visitar a tus vecinos. No lo veo yendo a hacerles la compra.

—Aun así, con la pandemia no habría entrado en la casa.

—Así que solo queda el piso vacío.

Q sonrió satisfecho de que hubiesen captado la idea.

—Y ahí es donde debemos buscar.

12. Causa probable

La discusión sobre qué hacer a continuación no fue sencilla.

Mientras unos estaban convencidos de que la mejor opción era avisar a Alfonso, otros defendían la idea de entrar en el piso para comprobar por ellos mismos si ocultaba algún secreto.

—Hay que avisar a la policía.

—No nos creerán. No otra vez.

—Y si al final no encuentran nada, además nos acabaremos metiendo en un lío.

—¿Y cómo pensáis entrar? ¿Rompiendo la puerta? ¡Y no me digáis que sí!

—Quizás yo pueda encontrar una llave —intervino Sofía, y todos se la quedaron mirando—. Mi madre les estuvo regando las plantas el año pasado y creo que aún tiene una copia en el mueble de la entrada.

—¡Eso es fantástico! —se entusiasmó Sergio.

—Pero —lo interrumpió Sofía— soy la única mayor de edad del grupo, y eso tiene unas implicaciones. No allanaré una propiedad, ni permitiré que vosotros irrumpáis dentro sin una buena razón.

—¿La posibilidad de que hayan escondido allí un cadáver te parece poco?

—Me parece una teoría. Que Paco sepa que los hijos de Julia juegan en la azotea no es una evidencia. También pensé que había usado las cortinas de la ducha para envolver ese supuesto cadáver.

—Sí que las usó para deshacerse de uno.

—¡Del de Frasco! Necesito algo más si vamos a cometer un delito.

—No es un delito si regamos las plantas —aportó Sergio.

—¿Qué necesitas?

—No lo sé. Algo más tangible —dudó ella—. Si no es Maruja, ¿quién es esa mujer?

—¡Cualquiera! —exclamó Sergio exasperado.

—Tú consigue esa llave —dijo Marta—. Nosotros intentaremos averiguarlo.

***

—Te estás convirtiendo en una figura del deporte doméstico —

bromeó Iván mientras ajustaba un trozo de tul a una pelota de tenis para darle forma.

Se le había ocurrido la idea de fabricarle una peluca a la muñeca de Sara. Aquello sería la base del postizo.

Afuera estaba lloviendo y Marta acababa de terminar su sesión de ejercicios para personas mayores por internet.

Para su sorpresa, a Lucía y a los del quinto, se les habían sumado el grupo de amas de casa, a las que Lucía les había hablado muy bien de aquellas sesiones.

Y a estas, varios contactos más a medida que unos iban animando a otros.

Ante este éxito, Marta había decidido grabar las sesiones y colgarlas para que cualquiera pudiese acceder cuando quisiese.

Una semana antes no hubiese imaginado tener tantos seguidores, y mucho menos la avanzada edad de la mayoría.

—Eres un exagerado —le quitó importancia, aunque se notaba que la enorgullecía.

—Ya veremos cuando te pidan autógrafos. Por cierto, gracias por la pelota.

—¿De verdad crees que puedes fabricarle una peluca a Boniqueta? Yo lo veo muy difícil.

—Todo es cuestión de paciencia. Dar forma al tul, añadir los pelos uno a uno y luego peinarlos al gusto
—respondió Iván atando el primero de ellos—. Con suerte tendrá un *look* renovado y listo para el cumpleaños. Con la peluca y un poco de purpurina en esa mancha de tinta que tiene, quedará como nueva.

Sara regresó de la cocina adonde había llevado los botellines de agua usados en la sesión deportiva, así que dejaron de hablar del regalo.

Ella había sido la primera seguidora de Marta y ahora se había autonombrado su ayudante.

—Lo que veo más difícil es lo de averiguar quién demonios era esa mujer que discutió con Paco el sábado por la noche —dijo Iván cambiando de tema.

—Preguntando —respondió Marta con la misma naturalidad con que Iván hablaba de arreglar pelo.

Ya le había explicado que quería estudiar peluquería y dedicarse a fabricar pelucas profesionalmente y que aquello había sido una dolorosa fuente de discusión con su padre. Una más de muchas.

—¿A quién?

—A mi padre, a tu madre, a los padres de Sergio y Q o a Lucía. A cualquiera que conociese a Paco de hace tiempo.

—¿Por qué?

—Vosotros dos hace poco que estáis aquí, pero ninguno de los

demás conocemos a una mujer que pudiera pasarse de noche por casa de Paco y Maruja.

—Pero estaba allí —aseguró Sara, que los estaba escuchando mientras ordenaba su parte de la habitación.

—Lo sé. Lo sabemos.

—¿Entonces?

—Es por lo que Sergio escuchó. Era una mujer que no solo tenía la confianza suficiente para presentarse en casa de Paco de noche, al inicio de un confinamiento nacional, también aseguró tener derecho a vender el piso.

—Pero el padre de Q dijo que el piso era de Paco. Lo heredó de su madre.

—Porque su madre vivía en este edificio. Y ahí es donde nos pueden ayudar los mayores.

***

—La mujer desconocida se llamaba Carmen.

La llamada de Marta los cogió por sorpresa, pero supo captar la atención.

Incluso Q silenció a su profesora de Física y apagó la pantalla para que no pudiese ver que no la escuchaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado Lucía. Cuando hemos terminado los ejercicios le he pedido la receta de su bizcocho de naranja. Una cosa ha llevado a otra y he aprovechado para preguntarle.

—Por cierto, he oído que tus sesiones son un éxito. Hasta mi abuela las sigue —la felicitó Sofía.

—¿Qué te ha contado Lucía? —la interrumpió Sergio impaciente—. ¿Acaso ha dicho que hay una muerta llamada Carmen?

—No, hombre. Me ha contado que Paco tenía una hermana.

—Y esa hermana se llamaba Carmen.

—¡Premio!

—Entonces, ¿por qué no sabíamos nada de ella?

—Parece ser que nunca se ha llevado bien con su hermano. Era una chica inquieta y después de algunos problemas, Lucía no entró en detalles, se fue al extranjero. Vino un par de veces a ver a su madre, pero tras su muerte nunca volvió.

—Hasta ahora.

—No podemos estar seguros.

—Pero eso justificaría que se creyese con derecho a vender el piso.

—Bien, Sofía. ¿Te basta?

Sofía lo pensó un momento y cedió. En realidad, lo estaba deseando.

Q hizo oscilar la silla de escritorio en un rítmico balanceo.

—Entraremos esta noche en el piso vacío a echar un vistazo. Si hay algo, se lo diremos a papá.

13. Incursión

Curiosamente, aunque todos estuvieron de acuerdo en entrar en la casa, decidir quién lo haría fue más complicado.

—No podemos ir todos. Llamaríamos la atención y nos pondríamos en peligro por la cuarentena.

—Seré yo —intervino Sofía—. Soy la única mayor de edad y tengo la llave.

—Por eso mismo no irás. Cuando expliquemos lo sucedido será mejor que lo tomen como una chiquillada.

—Entonces yo.

—Y yo.

—Seremos Sergio y yo —interrumpió Q.

—¡Así se habla, hermano!

—¡Porque tú lo digas!

—No os pongáis machitos.

—No es por eso, es lógica —intervino Q—. Al ser de la misma casa podemos ir juntos sin incumplir el distanciamiento.

—Marta y yo también —contradijo Sara asomando la cara por encima del hombro de su prima.

—Tú no vas.

—¿Por qué? —se enfurruñó Sara entrando en modo «princesa de hielo».

—Porque os necesitamos para otra tarea —explicó Q—. Para que vigiléis a Paco y nos aviséis si sale de casa. Una que lo controle por la mirilla y la otra por el patio interior. Lo mismo Sofía. Iván puede vigilar la puerta del piso una vez hayamos entrado por si se acercase alguien.

—Y esa es otra. ¿Cuándo entramos para que nadie se entere?

—De noche.

—No, entonces nuestros padres podrían darse cuenta de que faltamos, y cualquier ruido sería considerado extraño a esas horas —razonó Marta.

—¿Entonces?

—A las ocho. Cuando todos salgan al balcón para aplaudir.

***

Una vez acordada la hora, todos cerraron la comunicación y esperaron.

No solo ellos, el país entero esperaba y contenía la respiración.

Con miedo a moverse por no extender el contagio.

Con miedo a estar quieto, por el precio que habría que pagar.

Pero esperaron.

Cocinaron y comieron con sus padres.

Vieron series en sus dispositivos, leyeron la novela que tenían a medias y escucharon música.

Estudiaron y realizaron sus tareas.

Ayudaron a limpiar.

Charlaron con los amigos que parecían estar a un mundo de distancia.

Pero por fin se hizo de noche y llegó el momento en el que todos se asomaron a ventanas y balcones para aplaudir y escuchar *Resistiré* por los altavoces.

Que vecinos de la calle en ambos lados del edificio se hubiesen animado cada día a poner música y hacer una *performance* tras los aplausos hasta las 20:30, manteniéndolos a todos de cara al exterior, era una ventaja añadida que iban a aprovechar.

***

—¿Pasa algo, cariño?

Sofía estaba atenta a la mirilla, a la espera de que los mellizos apareciesen para pasarles la llave del apartamento vacío.

—Nada, mamá. Me había parecido oír algo. ¿Adónde vas?

—Tengo la lavadora puesta y voy a tenderla.

Sofía se puso nerviosa. Si su madre se asomaba al patio interior, podría encontrar extraño que hubiese luz y movimiento en el último piso.

—Luego lo hago yo. No puedes perderte el aplauso, y me han dicho que hoy el DJ de enfrente se va a disfrazar de torero.

—No sé...

—Va, mamá. No puedes perdértelo.

***

—Necesitarás esto —dijo Marta acercando una silla a la puerta—. La mirilla está muy alta para ti.

—Yo puedo quedarme en la ventana de la cocina.

—Te prefiero aquí. Y confío en ti. Es muy importante.

—No te fallaré.

***

Sergio y Q recogieron la llave que Sofía les pasó por debajo de la puerta y subieron al piso de arriba.

Iván abrió un momento la suya para hacerles un gesto de apoyo antes de cerrar con suavidad para que su madre no se diese cuenta. Le había contado que estaba experimentando con un tinte nuevo en una de las pelucas de la abuela y no podía descuidarlo.

Los mellizos giraron con cuidado la llave, pero con cada vuelta, el *clonk* del pestillo les parecía un disparo.

El olor a espacio cerrado los recibió al entrar.

No se atrevieron a encender la luz, así que utilizaron las linternas led que habían llevado.

Las paredes del piso estaban pintadas de color melocotón y los cristales de las lámparas resultaban más anticuados que *vintage*.

Pero, por encima de todo, la sensación de vacío se podía tocar.

Las mesas no tenían revistas. El sofá había perdido la huella de sus ocupantes. Una fina capa de polvo lo cubría todo y se notaba un ligero tufillo a humedad. Las ventanas estaban cerradas y las persianas bajadas.

Fueron pasando por las habitaciones, sin saber muy bien qué buscaban, pero sin encontrar nada que les indicase que se hallaban en el buen camino.

Miraron tras el sofá, en los armarios, bajo las camas y en la bañera.

Esta última había sido la opción favorita de todos, pero las cortinas estaban en su lugar y la porcelana limpia.

—Tal vez nos hemos equivocado otra vez. No huele a muerto.

—Le haré la señal a Sofía.

La cocina de los apartamentos tenía una pequeña galería y una ventana sin persiana que daba al patio interior.

Q se dirigió hacia ella para asomarse un momento y comprobar que sus tropas estaban atentas.

Y entonces vio el arcón ocupando el lugar donde ellos tenían el lavadero.

—Ven.

—No me puedo creer que se hayan dejado cervezas en la nevera —comentó Sergio, que estaba curioseando en el frigorífico abierto y apagado—. Llevan meses caducadas. ¡Menos mal que no es leche!

—Ven, Sergio —repitió Q.

—¿Qué pasa? —preguntó su mellizo acercándose.

Siguió la mirada de Q y se fijó como él en el piloto rojo del congelador.

—¿Quién se va un año al extranjero y deja todo desenchufado

menos un arcón congelador?

—Igual tienen dentro los langostinos para Navidad. O el ramo de novia, como mamá.

—Y, entonces, ¿por qué han sacado los estantes?

Así era.

A un lado, dejados de cualquier modo, estaban los estantes lacados de blanco que permitían organizar el contenido.

Sergio pasó el dedo por uno de ellos. No tenían polvo.

—Esto me da muy malas vibraciones.

—Será mejor que lo grabes.

***

—No, no, no —susurró asustada Sara.

Se bajó tan rápido de la silla, que esta se volcó, provocando un ruido seco.

Sara se encogió y se quedó muy quieta. Sintiendo que el corazón le latía muy rápido y muy fuerte.

—¿Qué pasa? —preguntó su tío desde el salón, en donde seguía trabajando.

—¡Nada! Estoy jugando —consiguió responder.

—Intentad no romper nada —advirtió con el conocido tono que usan los adultos cuando han perdido el interés.

Sara respondió una frase tranquilizadora igual de mecanizada y puso en pie la silla antes de devolverla a su sitio.

Fue entonces cuando reaccionó y buscó el móvil.

Pero el ascensor ya estaba subiendo con la cabina ocupada.

14. La caja de Pandora

—Ayúdame a abrirlo —pidió Sergio—. Cuesta un poco.

Q dejó el móvil a un lado y se acercó al arcón.

—No me extraña. Hay cinta aislante en la tapa.

—No es buena señal.

—No, nunca lo es. Y la han puesto hace poco. Muy poco —dijo Q inspeccionando a la luz de la linterna la cinta que aseguraba la tapa.

—¿Cómo demonios puedes saber eso?

—Porque es blanca y se ve claramente que el adhesivo de los bordes no se ha oscurecido con el polvo y la suciedad ambiental.

—Deja de hacer de detective y ayúdame a abrirlo. Lo estoy filmando, y con una mano no puedo.

—No sé si es buena idea. Si hay algo dentro, estaremos destruyendo pruebas.

—Esto no es *CSI: patio vecinal*. Yo no me quedo sin saber lo que hay dentro. Si no abres tú la tapa, la abro yo. Toma mi móvil.

—Vale, espera un momento —cedió Q entrando en la cocina—. Buscaré algo con qué cortarla.

—¿Y por qué simplemente no la arrancamos? —preguntó Sergio, pero esperó a que su hermano volviese con un cúter.

Sobre la lavadora, donde lo había dejado, el móvil de Q se encendió con la llamada de Sara.

Pero al estar en silencio, ninguno de los hermanos se dio cuenta.

***

—No, no, no. Responde, por favor —suplicó Sara al móvil, pero la llamada volvió a cortarse—. ¿Qué hago?

***

—Iván, ¿por qué estás pegado a la puerta?

—Nada, mamá —respondió Iván apartándose instintivamente de la mirilla.

—Ven, ayúdame con esta mesa. Quiero sacarla al balcón.

—Luego la saco yo.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Iván miró la puerta un momento. Dudando.

Si Paco salía de casa, Marta y Sara avisarían a los mellizos y ningún otro vecino casual se iba a interesar por el piso.

Solo sería un minuto. Si no, su madre no lo dejaría tranquilo.

—Vale, pero deprisa —dijo yendo en un par de zancadas hasta el salón.

—No lo hagas tú solo. Te harás daño —protestó su madre cuando levantó la mesa a pulso.

Afuera, el ascensor se detuvo en aquella planta sin que nadie se enterase.

***

La llave giró en la cerradura del piso desocupado, pero como los mellizos habían descorrido el cerrojo, la puerta no hizo ruido al abrirse.

***

Sergio dejó caer la tapa del arcón.

Pero no pudo eliminar de su mente la imagen del rostro amoratado, hinchado y cubierto de escarcha que habían descubierto dentro.

Tragó saliva.

—No es igual que en las series, ¿verdad?

—No. No lo es.

—Será mejor que nos vayamos. Avisemos a papá.

***

—¿Qué hacéis aquí? ¿Habéis abierto el congelador?

Más que preguntas eran acusaciones.

Los mellizos se dieron la vuelta al unísono y se encontraron frente a frente con su vecino Paco.

Pero ya no era el de siempre. Gris y algo antipático, viviendo a la sombra de su mujer.

Parecía haber pasado por la mano experta de un caracterizador o estar poseído por un demonio. Estaba pálido y lucía ojeras muy marcadas. Llevaba la ropa arrugada y manchada y su expresión pasó rápidamente del desconcierto a la furia.

Empuñaba un cuchillo enorme. Debía de haberlo cogido de la encimera.

—Sois los chicos de Alfonso, ¿no? ¿Qué hacéis aquí?

—Ya nos íbamos.

—Me parece que no —lo contradijo Paco cerrando la puerta de la cocina con una mano mientras blandía el arma con la otra.

Q y Sergio se miraron y asintieron. Si cada uno iba por un lado, alguno podría escapar.

Pero Paco les leyó el pensamiento.

—El que se escape cargará en su conciencia con la muerte del otro —amenazó—. ¿Sabéis el daño que puede hacer un filo como este en una carne tan tierna? No es como en las películas. Un solo tajo suele bastar. De joven fui carnicero. Lo sé bien.

Los mellizos se miraron llenos de dudas.

Que el otro corriese peligro por su culpa era algo que no podían aceptar. Ambos habían decidido quedarse atrás para recibir el golpe, y aquello era lo que los mantenía inmóviles.

—Buenos chicos. Sentaos allí. Tú primero —le ordenó a Sergio, y tanteó en uno de los cajones del que sacó varias bridas. Se notaba que estaba familiarizado con la casa—. Y luego tu hermano te atará.

Q y Sergio se miraron de nuevo.

Aquello no pintaba bien, pero seguían paralizados.

Ninguno quería dejar al otro atrás.

—Saben que estamos aquí y lo que has hecho.

—Yo creo que no. Los metomentodo como vosotros vais a la vuestra.

—¿Y qué piensas hacer con nosotros? No puedes retenernos indefinidamente.

Q aceptó las bridas y Sergio se sentó, en un intento por ganar tiempo.

—¿Cómo piensas explicar nuestra desaparición? ¿Y el de la mujer que tienes en ese congelador?

—¡No hará falta! —exclamó Paco con una gran sonrisa de demente —. Dos adolescentes se fugan de casa. ¡Menuda novedad! Y con el confinamiento el Estado tiene asuntos más urgentes que atender. Cosas como librarse de los cadáveres de los infectados. ¿Sabéis que no se atreven ni a hacer autopsias por si son fuentes de contaminación? Van directos a crematorios en donde ni cuentan los que llegan. Todos directos al horno. Y conozco uno a un par de horas de aquí. Tres bolsas, un viajecito nocturno en coche y no quedará nada que buscar. Mis problemas se habrán convertido en ceniza. Literalmente.

Ya no había duda de que el confinamiento, la culpa y la espera lo habían enloquecido. Hablaba en serio.

Q miró a Sergio y ambos negaron con la cabeza.

Iban a sacrificarse por el otro.

***

Un fuerte estallido contra la ventana de la cocina los sobresaltó a todos, que por puro reflejo se volvieron hacia ella.

Aprovechando la distracción, la puerta se abrió de golpe a sus espaldas y Marta irrumpió armada con una raqueta que descargó contra el brazo con el que Paco sostenía el cuchillo, como si de un hacha roma se tratase.

Cuando el hombre se agarró el miembro herido, la muchacha le propinó su mejor revés a las rodillas, logrando que perdiese el equilibrio y cayese al suelo.

Pero no soltó el cuchillo.

Marta volvió a levantar la raqueta, ya algo maltrecha tras dos golpes, mientras Paco se giraba hacia ella.

A pesar del mal estado de su arma, estaba dispuesta a defenderse y defender a sus amigos.

Pero, antes de que tuviese ocasión, Pillow irrumpió en la cocina y saltó sobre Paco.

El enorme mastín lo derribó, plantándole las patas sobre el pecho y le aprisionó el brazo armado con los dientes.

—¡Socorro! Que alguien me quite esta bestia de encima.

—¡Tira el arma! —ordenó la voz autoritaria de Alfonso desde la puerta—. Tú no, Marta.

Paco dudó, pero el mastín apretó un poco más y gruñó amenazadoramente.

Temiendo que le arrancase el brazo y sabiéndose vencido, Paco obedeció.

El cuchillo rebotó en el suelo de linóleo y Marta lo apartó con un certero puntapié.

—¡Quitadme esta fiera de encima!

Pillow soltó el brazo y levantó la cabezota para soltar un satisfecho «guau», volviendo a ser el pacífico perrazo de siempre.

—¡Papá! —gritaron los mellizos.

—No es lo que crees —añadió Sergio, casi de forma automática.

—¿Y qué es? —preguntó el policía con su arma de reglamento en la mano.

15. Explicaciones

La policía llegó para hacerse cargo del caso.

Pero no sabían muy bien qué hacer con los menores implicados. Los nuevos protocolos impuestos por el COVID-19 complicaban las cosas.

Así que, tras evaluar la situación, decidieron tomarles declaración sin sacarlos del edificio.

***

—Yo vi a la señora muerta —afirmó Sara una y otra vez, satisfecha de que su versión se hubiese confirmado— y solo me creyeron ellos. Pero cuando ese hombre salió y Q no respondió al móvil, no supe qué hacer. Marta no estaba, así que llamé a Sofía.

***

—Casi ocurre una desgracia por mi culpa —se lamentó Iván—. No debería haberme alejado de la entrada. Cuando volví me encontré a Marta en el rellano y supe que la había cagado. La idea de que tirase un petardo a la ventana de la cocina como distracción fue suya. ¡Y menos mal que funcionó!

***

—Una de nosotras debería haberse quedado de cara al patio interior y la otra en la mirilla, pero no me resignaba a no saber lo que había en el piso —confesó Marta—, así que subí por la escalera y me quedé esperando fuera de la vista. Vi a los chicos entrar y luego a Paco. Cuando Iván no salió, supe que algo andaba mal.

—¿Cómo entraste en el piso?

—Usando el carné del instituto. Paco no había echado el pestillo y yo tengo práctica. No me mire así. A mi padre se le olvidan las llaves dentro de casa más veces de las que puede imaginar. Al final una se espabila.

—¿Acaso todo el mundo entra libremente en este piso? Es un milagro que no lo hayan desvalijado antes.

***

—Yo diría que más bien lo amueblaron —afirmó Q con su seriedad habitual—. El arcón preservaba el cadáver y lo escondía al mismo tiempo. Era un buen plan de emergencia.

—¿Un plan de emergencia?

—Por lo que hemos deducido, intentó llevárselo el domingo por la mañana, pero los controles de la policía por el confinamiento se lo impidieron. Frasco, al quedarse solo, no paraba de ladrar cada vez que Paco salía de casa, así que también acabó con él. Pero, o no cabía en el arcón, o no se tomó la molestia de meterlo dentro.

***

—¿Por qué no me lo contasteis?

—Porque no nos habrías creído —respondió Sergio—. No otra vez. No sin pruebas.

—¿Eres capaz de entender el peligro en el que os habéis metido?

La mano de Sergio tembló cuando se la pasó por los labios en un gesto nervioso.

Quería protestar, decirle a su padre que todo había salido bien, pero no pudo. La cara amoratada del cadáver que seguía persiguiéndole cuando cerraba los ojos, al igual que la posibilidad muy real de que su hermano hubiese acabado herido o muerto, se lo impidieron.

Asintió.

—Casi mata a Q. Quería hacerle daño. Lo siento, papá.

Alfonso abrazó a su hijo y notó que, por primera vez en mucho tiempo, se relajaba entre sus brazos.

—No solo a Quintín, a ti también. No me lo habría perdonado si os llega a pasar algo a alguno de los dos.

***

—Volvía de dar el paseo con Pillow cuando este se empeñó en seguir escaleras arriba —contó Andrés, venciendo su natural timidez y la desconfianza que le tenía a la policía—. Al llegar al segundo, vi a la niña nueva en el rellano y más arriba, la universitaria también tenía la puerta abierta. Pillow tiraba tan fuerte que acabó por soltarse. Es listo, sabía que había problemas y quería ayudar.

Andrés sonrió al acariciar la cabezota de su mastín, que permanecía pacíficamente tumbado junto a su silla.

Luego se puso serio otra vez, temiendo que pudiesen sacrificarlo.

—¿Tendrá problemas? Él quería ayudar.

Alfonso se acuclilló junto al animal y le rascó detrás de las orejas, logrando que su vecino se relajase con este gesto más de lo que hubiese logrado con sus palabras.

—Al contrario, le estoy muy agradecido y os debo mucho a los dos por haber intervenido. En mi opinión, no creo que tengáis problemas. Como has dicho, es un perro listo y no llegó a morder la carne. Únicamente lo sujetó, como un verdadero profesional. Con la amenaza fue suficiente.

Andrés sonrió de nuevo. Esta vez divertido.

—No me extrañaría que le diese asco morder a ese tipejo. Ahora es él quien irá a la cárcel. Me pregunto si Maruja seguirá teniendo la misma opinión de los presidiarios.

***

—¡Maldito perro! Casi me arranca el brazo. Espero que lo sacrifiquen —protestó Paco, tocándose con suavidad la zona dolorida —. Siempre he dicho que era un peligro.

—Solo son unas magulladuras, y eres tú quien ha matado a una persona y ha intentado acabar con la vida de los chicos.

Paco gruñó incómodo.

—Carmen apareció de la nada después de casi veinte años y exigió su parte de la herencia. Había estado viviendo en Camboya, o Tailandia, o yo qué sé dónde. Y de repente recordaba sus derechos. Dijo que vendería el piso. Pero es mío, he vivido aquí toda mi vida. Tengo derecho.

—Pero usted tiene más propiedades.

—No son mías, son de mi suegro y mi mujer. Yo quiero vivir en mi casa. Me llamó calzonazos y mantenido. Perdí el control. La estrangulé. No era mi intención..., cuando me di cuenta, ya estaba muerta. Después todo se complicó.

—Suele pasar cuando se oculta un asesinato.

Paco no parecía oírlo. Se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—Maruja no me va a perdonar lo de Frasco.

—Yo diría que el perro es la última de sus preocupaciones. Lástima que no le molestase y tratase de corregir su pesado hábito de ladrar cuando no había nadie en casa hasta que se convirtió en un asesino.

Epílogo

Marta subió las escaleras hasta el último piso.

La cinta de la policía y una orden judicial indicaban que el piso vacío estaba precintado.

Por debajo de la puerta de Iván se escapaba un sabroso aroma, señal inequívoca de que su madre ya estaba cocinando.

Marta sonrió.

Aquel gesto desinteresado había logrado llamar la atención de los padres de Sofía, que no solo se habían ofrecido a colaborar con el comedor social, sino que le habían propuesto trabajar para ellos en cuanto fuese posible. Estaban planeando ampliar su negocio con un servicio de comida a domicilio.

Una cosa buena que había surgido de otra.

***

Dio media vuelta y empezó a bajar de nuevo.

No era como correr por las calles, ni su entrenamiento preferido, pero era una rutina a la que se estaba acostumbrando.

Todos lo estaban haciendo.

Al llegar al primero, le echó una mirada a la puerta de Andrés.

La ayuda de Pillow había sido esencial para que nadie saliese herido durante la detención de Paco, y su valentía parecía haberle dado fuerzas a su dueño.

Ahora Andrés iba un poco más erguido y se había ofrecido voluntario para ayudar con el reparto de la comida solidaria.

Una a una, aquellas pequeñas cosas positivas se iban sumando dentro del caos general en el que el confinamiento los había sumido.

Marta pasó de largo y llegó a la planta baja.

Una vez allí se acercó a la puerta de la calle.

Estaba amaneciendo y las farolas seguían encendidas.

La visión de un jabalí paseando a pocos metros, seguido de un par de jabatos, dejó a Marta maravillada y sin aliento.

Sin vehículos ni humanos en las calles, los animales salvajes estaban adueñándose de las ciudades.

***

—Han ampliado el estado de alarma. Quince días más —dijo Sergio a su espalda.

—Lo sé. Y parece que no hemos llegado al pico de la curva —añadió Marta.

En aquellos días se habían familiarizado con conceptos como estado de alarma, confinamiento, curva de contagio y otros muchos de los que nunca habían oído hablar.

Pero lo que más les asustaba era el recuento diario de contagiados y fallecidos. Por si no fuese suficiente, todos afirmaban que lo peor estaba por llegar.

Faltaba material sanitario o era de mala calidad. La cosa estaba tan mal que varias asociaciones locales, y algunas iniciativas privadas, se estaban organizando para confeccionar mascarillas y otros productos para entregar a hospitales y vecinos.

—Enhorabuena por tu programa de entrenamiento. Me han dicho que ya es un éxito internacional.

—A ver si te apuntas —propuso Marta con una sonrisa—. ¿Qué haces en pie tan temprano? ¿Te toca desinfección de escalera?

Sergio asintió.

Su padre los había castigado a desinfectar por turnos las instalaciones comunes.

—Podría ser peor. Por cierto, a Sofía se le ha ocurrido una gran idea con un proyector que tiene para la fiesta de cumpleaños de Sara. Y va a necesitar los teléfonos de sus amigas.

—Hablaré con ella. La peluca que Iván le está haciendo a su muñeca está quedando muy bien. Con semejante competencia tendré que calentarme la cabeza para estar a la altura.

—Creo que conseguiremos que lo pase bien, aunque no podamos estar en la misma habitación.

—Eso espero. ¿Cómo está Lena?

—Aburrida, y muy lejos. No aguanta a sus padres.

—No la dejes escapar. Te necesita.

Sergio sonrió.

—Vemos contenidos juntos, charlamos durante horas e incluso estudiamos. Estamos leyendo una saga ambientada en la Roma antigua. Resulta que es una forofa de la historia. ¡Quién iba a imaginárselo! Pero la echo de menos. Bueno, es hora de ir al tajo —bromeó dirigiéndose a la puerta del garaje.

Allí, en un pequeño trastero, guardaban los productos de limpieza y desinfección.

***

Marta miró de nuevo hacia la calle y la libertad que siempre había supuesto para ella.

El jabalí y sus crías ya no estaban, pero una figura conocida se acercaba a la tenue claridad del amanecer.

Marga.

La vieja bruja paseaba tranquilamente, y clavaba la mirada en las ventanas como si fuese capaz de ver a quienes se encontraban encerrados tras ellas.

—El mundo se ha parado y la Muerte se pasea coronada de enfermedad y temor. Nos está robando la primavera —canturreó la anciana, y entonces se fijó en Marta—. ¿Has elegido bando, niña? Solo unidos podremos acorralarla. No hay elegidos que puedan salvarnos, pero unos pocos traidores serían capaces de condenarnos.

Marga siguió caminando y se perdió de vista, murmurando, canturreando e incluso soltando algunos gritos.

—Hay que moverse con los pies quietos. ¡Hay que elegir bando!

Marta pensó que ella misma debía de estar enloqueciendo, porque le encontraba sentido a lo que decía.

Encontró las fuerzas suficientes para darle la espalda a la puerta.

Quería subir y bajar las escaleras unas cuantas veces más antes de volver a casa.

Cuando llegase, su padre se estaría duchando y Sara preparando el desayuno. La peque se había puesto las pilas y le encantaba hacerse cargo de algunas tareas.

A su modo, todos habían tomado la iniciativa, cansados o incapaces de limitarse a esperar.

Cada uno a su manera, como había dicho Marga, había elegido bando.

Quedarse en casa y cuidar unos de otros no implicaba dejar de moverse.

Marta conocía bien los entrenamientos. No iba a ser fácil, no iba a ser rápido, sin embargo, cada día los acercaría más a su objetivo. La normalidad.

Resultaba irónico añorarla tanto cuando siempre se andaba buscando lo extraordinario.

Aunque aún no se pudiese ver en el horizonte, para recuperarla solo hacía falta un paso más. Y luego otro. Y otro.

Pero juntos iban a lograrlo, siempre y cuando no se rindiesen.

A Marta, el primer peldaño hacia la azotea le supo a esperanza y a victoria.

periscopio

TE VEO

Un día, desde la ventana del lavadero, a Sara le parece ver el cadáver de una mujer en casa de sus vecinos, Paco y Maruja. Días antes, la pareja había estado discutiendo y desde entonces parece que a Maruja se la ha tragado la tierra. Los jóvenes del edificio buscan la manera de investigar el posible homicidio y se organizan para dar con alguna pista. Pero no lo tienen nada fácil, aunque ellos persisten en su afán por resolver el misterio de la desaparición de su vecina.

edebé

www.edebe.com

Table of Contents

1. Viernes 13
2. Estado de alarma
3. La hora 0
4. Primer día de condena
5. Un lunes sin tráfico
6. Cancelaciones y decepciones
7. Descubrimientos
8. El registro
9. Conformarse o luchar
10. Creer en las hadas
11. Duda razonable
12. Causa probable
13. Incursión
14. La caja de Pandora
15. Explicaciones

Epílogo